Seix Barral

Marco Franzoso

El inocente



Seix Barral Biblioteca Formentor

Marco Franzoso
El inocente

CONTENIDO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Acerca del autor
Créditos

A mi madre.
A la memoria de mi padre

1

En la oscuridad las manecillas del reloj parecían dos pequeñas lucecitas de neón que iluminaban las abejas y las golondrinas dibujadas en la carátula del despertador. Matteo apretó la almohada con las manos y hundió en ella la cabeza. Tic.

Cerró los ojos y contó los segundos. Cuatro. Cinco. Dieciséis. Volvió a abrirlos para ver el momento preciso en que el minutero avanzaba, pero, como siempre, había esperado demasiado y el pequeño neón fosforescente ahora estaba detenido allí, más arriba, de nuevo inmóvil. Era un juego que hacía con su padre. Tac.

Matteo nunca había podido captar ese movimiento, pero desde hacía tiempo aprendió a no lamentarse porque en la vida de nada servía, tal como le había enseñado su padre. Cuando era pequeño, él le decía que no había tiempo para lamentarse o para tomárselo a pecho, que los niños de entonces eran más despiertos y no existían estas comodidades que arruinan la vida de la gente. «Tenías que arreglártelas como pudieras, tal cual, de lo contrario era tu problema», le repetía. «Estamos en plena guerra, viejo, es mejor que te espabiles». Tic.

A menudo, después de decir esa frase, se detenía. Si estaba fumando, inhalaba una larga bocanada y retenía el humo, y si estaba de pie, alzaba la vista y miraba a lo lejos, al horizonte, como si pensara en algo muy profundo. Se acercaba a Matteo y se arrodillaba, tomándose el tiempo para dar peso a lo que estaba a punto de decir. Se masajeaba la frente y volvía a comenzar, con calma, con uno de sus proverbios. Tac.

«Acuérdate, Matteo», decía, «en la vida, tres cosas son importantes». De nuevo se detenía, apoyaba una mano sobre su hombro y le daba un apretón para hacerle saber que lo amaba, y que esas eran las enseñanzas fundamentales de un padre. «Tres cosas, ¿entiendes? Medir, cavar y luego olvidar».

Su padre había crecido con estas cosas y Matteo tenía que crecer también con ellas. Tic. Cuántas veces se las había repetido. Escuchaba su cálida y reconfortante voz que lo tranquilizaba, incluso ahora que, agotado el tiempo de las reflexiones y las dudas, había llegado el momento de ponerlas en práctica.

Sobre todo, la última le serviría esa mañana. Tac.

Matteo les daba vueltas a esas ideas, no del todo despierto aún. Esa palabra flotaba en su cabeza, como en una burbuja de cristal. Flotaba en el aire, era un ser vivo, elástico, una especie de serpiente de goma.

Tic. Otros segundos. Quince, veinte, ¿quién podía decirlo? Tac.

Aflojó la presión sobre la almohada y entrecerró los ojos, mirando el despertador, mientras la burbuja suspendida sobre su cabeza continuaba ondulando hasta que terminó por disolverse.

Tic. Otro avance de la manecilla que se había perdido. Y otro más. Tac. Esa mañana no podía concentrarse. Un tercer movimiento perdido.

Nuevos movimientos de las manecillas, que no contó a causa de los últimos sueños nocturnos, breves imágenes aisladas que irrumpían y se fusionaban unas con otras. En un momento estaba al lado de su padre, que pescaba en pantaloncillos de futbol en las pozas alimentadas por el agua de la corriente; un instante después, en la cocina de casa donde su madre,

frente a la estufa, le hablaba en voz muy baja.

Finalmente —tic— desaparecieron su madre, su padre y todo se borró. Matteo se encontró tendido en la cama, con la funda de algodón de la almohada humedecida por un hilillo de saliva que escurría de la comisura de su boca y los ojos fijos en la oscuridad. Tac.

Se preguntó quién podría ayudarlo, pero antes de encontrar una respuesta lo asaltó un agudo dolor estomacal al que reaccionó apretando labios y dientes.

En los últimos tiempos, los cólicos se habían vuelto intolerables y cada vez sentía que le arrancaban algo y lo dejaban sin aliento.

Pensaba en lo que sucedería unas horas más tarde, en un edificio común de la ciudad, entre extraños que lo tratarían con mucho cuidado a pesar de no saber nada de él.

Pero, como le había dicho su padre, de nada servía darle tantas vueltas. No, pensar nunca servía. Sus pensamientos no lo ayudarían ni lo defenderían. Tic.

Se lo repetía mientras el dolor de estómago cedía y la fosforescencia de las manecillas del reloj se apagaba, absorbida por la luz que entraba por la puerta que se abría.

La interrupción violenta de la realidad en su vida.

Tac.

Su madre, precisamente ahora. La última persona a la que deseaba ver.

Tic.

No le quedaba más que aferrarse a los últimos segundos libres, imaginar, con los ojos cerrados, que estaba solo, y arrancar esos instantes de tiempo que le quedaban para él y nada más.

Matteo se concentró más todavía. El dolor de estómago había desaparecido casi por completo y ahora se trataba de contener la respiración y fingir que dormía. Tac.

Y después, sobre todo, olvidar. Su padre tenía razón.

Olvidar, claro, solo eso, mientras que las manecillas perdían su mágica luminiscencia y volvían a ser dos piezas de plástico inmóviles, como los números en la carátula.

Tic.

2

—Matteo —lo llamó su madre. Se sentó al borde de la cama, acariciándole el cabello. Tal vez ella también necesitaba darles vueltas a las ideas y ese era el momento. En las otras mañanas no había tiempo, demasiadas actividades, el desayuno, Clarissa, ordenar la cocina, secar los platos, limpiar la mesa.

—¿Estás despierto? —continuó. No estaba resfriada, su voz era nasal porque había llorado. Desde que su padre murió, bastaba con que hubiera un plato fuera de lugar o que una olla no entrara en el lavavajillas para hacerla llorar.

Con trabajo se puso de pie, atravesó la recámara y subió un poco las persianas. Después regresó a la cama.

—Matteo, querido. —Suspiró. Ahora sollozaba, con la respiración entrecortada y jadeante. Era por debilidad, pero una debilidad diferente a la suya, más por una sensación de no sentirse a la altura que por vergüenza—. Matteo, no tengas miedo. Santo Dios, ¿de qué estoy hablando? Pero nosotros dos… nosotros tenemos que estar unidos. Si viviera tu padre…

En esos días, todo el tiempo repetía los mismos fragmentos de la frase, como si no pudiera terminarla o como si la frase antecedente hubiera cortado el final de la precedente.

No había solución o tal vez no había nada que decir, nada que concluir, y esa era su forma de tranquilizarse más que de hablar con él.

Matteo no se movió. Su respiración aún era profunda, como si estuviera sumergido en el sueño.

—Es decir… —retomó el discurso, pero de inmediato se detuvo. Tal vez había visto algo, tal vez esa mañana sí quería decirle algo a su hijo, las importantes palabras que toda madre diría en ocasiones como esa—. Es decir…, es solo que… Cuántas veces… Sé que tú…, pero yo… A veces no sé si me comprendes. Nunca he sido buena hablando, pero… Yo… Virgen santísima, si miro hacia atrás…

Acomodó la almohada sobre su cabeza.

—Matteo, esto terminará dentro de poco; anda, levántate, que se hace tarde. Sé que estás despierto.

Por fin una frase completa, lo había logrado. Una afirmación completa para tranquilizarlo, como lo haría cualquier madre. Iba a continuar, pero un grito agudo y chillón la interrumpió.

—Ay, Dios, ya despertó —murmuró, aparentemente contrariada, pero tal vez aliviada por haber terminado algo, una frase sensata, y por no tener que continuarla—. Matteo, ¿alguna vez tendremos tiempo para ti y para mí? Nos bastaría un segundo. ¿Qué le voy a hacer? —Allí estaba, su madre, al descubierto por el grito de Clarissa—. Matteo —continuó, se levantó y se acomodó el cabello—, no podemos llegar tarde, te lo suplico; al menos tú.

Se detuvo en el marco de la puerta.

—Te espero, Changuito —hablaba con un hilo de voz.

Se sorbió los mocos y salió.

Matteo se relajó al escuchar el ruido sordo de sus pasos en la escalera y se permitió respirar profundamente.

Changuito, ¿hacía cuánto que no le decía así? Años quizás, y ahora esa palabra sonaba como un secreto añejo, de cuando entre ellos había una relación especial y él era su Changuito. Qué hermoso, pasaban todo el tiempo juntos. Lo subía a la bicicleta e iban juntos a hacer las compras, o lo tenía cerca mientras cocinaba, o, cuando tendía la ropa, él la ayudaba con las pinzas.

En cambio, últimamente le parecía que aprovechaba cualquier pretexto para mantenerse alejada y, en esa ocasión, el llanto de Clarissa representaba una especie de liberación para su madre, un paréntesis entre un hijo y el otro, una pausa para sí misma, la única pausa que se concedía. La posibilidad de dejarse llevar sin que nadie la viera, desahogarse y llorar. Entonces lloraba. Hasta cuando lavaba los platos y hacía la limpieza o mientras vestía a Clarissa. Lloraba de espaldas, concentrada en la estufa; lloraba cuando se esforzaba para sacar algo de la despensa. Aprovechaba para llorar siempre que podía, por una causa o sin ella.

A veces, cuando el dolor era insoportable, se avergonzaba y se escabullía para esconderse en el baño, donde sus sollozos atravesaban la puerta, disimulados por el chorro de agua de la llave o por la descarga del inodoro. Era un llanto *opaco*, se decía Matteo, e imaginaba que lloraba sentada en la taza del escusado, tapándose la boca con la toalla. Le parecía que podía verla, en esa posición encorvada, y trataba de comprender el porqué. A diferencia de su madre, él nunca había llorado, ni siquiera cuando murió papá.

Otro retorcijón, pero esta vez menos intenso. Matteo se apretó el estómago con las manos y fijó los ojos en el despertador con forma de tractor que le había regalado su padre.

3

De pronto, Clarissa dejó de llorar. Matteo escuchó los últimos sollozos de su madre, que en poco tiempo se transformaron en canto. Seguramente había tomado entre sus brazos a la pequeña y ahora canturreaba la cancioncita de una absurda caricatura que a menudo veían con ella, ambientada en un mágico bosque habitado por duendecillos morados.

Matteo le echó una última ojeada al despertador-tractor. Las manecillas seguían moviéndose, a pesar de que él esa mañana habría querido inmovilizarlas y detener el tiempo.

Arregló la sábana como le había enseñado su madre y se dirigió al baño. Se acercó a la ventana, corrió la cortina y se lavó los dientes de pie, mirando el paisaje con el cepillo de dientes en la boca.

No, nunca vería el avance de las manecillas del reloj ni detendría el tiempo, mucho menos esa mañana. El río del tiempo lo arrastraría consigo como si fuese un cuerpo inerte que flotaba en su corriente hasta aquel lugar, la Sala de las Palabras, igual que la otra vez. Allí mamá lo dejaría solo, porque las personas tenían que hacerle preguntas y él tendría que darles respuestas exactas sin la ayuda de nadie.

Esta vez sentía más miedo. Tal vez no le harían más preguntas, sino que lo acusarían y le dirían que él era el culpable, que había hecho cosas malas y ahora tendría que pagar.

Tal vez lo meterían a la cárcel y quizás era lo justo porque, como decía su padre: «El que la hace la paga». Como quien no tiene tiempo que perder, harían que lo comprendiera, con amabilidad, pero sin posibilidad alguna de escape.

Matteo quería huir, saltar por la ventana, bajar por el alero y correr a esconderse en uno de sus lugares secretos, tal vez en las presas, en el bosque o en el campo.

Era el momento de tomarse un tiempo y decidir qué hacer. El cielo a esa hora de la mañana era una gelatina azul y brillante, con unas pocas nubes bajas que se disolvían en el horizonte, y con una parvada de patos salvajes que volaban hacia el mar.

Matteo ya se sentía allí, lejos, al fondo de los campos, donde un suave viento formaba remolinos de polvo en las grietas de la tierra reseca y las piedras.

Era el verano más caliente del siglo y el sol había transformado las plantas en esqueletos de pájaros prehistóricos con las alas arrugadas, los picos doblados y encogidos; un ejército de fantasmas que se agitaba con el aire y gemía en susurros, movido por el recuerdo de los días de lluvia primaveral, el tiempo de la siembra y la esperanza, decía la abuela. Qué recuerdos.

El maíz era un mar amarillo y, en el horizonte de ese océano, el roble, un enorme hongo desinflado, flotaba entre las espigas. Tal vez tendría que ir allí, adonde siempre le había gustado esconderse, en ese espacio sin cultivar bajo la gigantesca copa del árbol. Desde allí podría verlo todo, como hacía con frecuencia.

Había ido por vez primera años atrás, con su padre, cuando todavía era un niño.

Su padre lo llevó sobre los hombros y juntos se subieron a un tractor de verdad, que de tan alto hacía que se mareara, porque ese día tenían que ir a quitar un árbol que por la noche había sido alcanzado por un rayo y se inclinaba peligrosamente.

—¿Miedo? —Reía—. ¿Eh, jefe?

No, Matteo no sentía miedo porque estaba él, y el tractor era un juego como los del parque de diversiones, en el que volaba y del que era imposible caer, porque su padre le apretaba la mano. Una mano como una tenaza de hierro.

Matteo se relajó y lo miró jalar la palanca de cambios, acelerar, girar el volante y sacar el tractor, primero del cobertizo y luego del patio. El tractor resollaba como si fuera un animal manso y grande, una especie de elefante, y él se sentía libre; le gustaba dejar atrás la medialuna de colinas y sumergirse en el mar de espigas con su perfume de hierba seca e insectos.

Un resoplido y una *reculada*, así le llamaba su padre al remolino que sacaba después de echarlo a andar, con sus columnas de humo negro que salían del tubo de escape y dejaban una estela de bolas negras que explotaban tras ellos.

Le confió el volante.

—Agárralo y aprende —le dijo—. Te conviene moverte.

Lo hizo apoyar la mano sobre la perilla de la palanca de cambios que vibraba con el traqueteo de los pistones y juntos accionaron la marcha. Era fácil.

—Un día haré que aceleres y frenes, pero estás aún muy pequeño para alcanzar los pedales —dijo riéndose como él lo hacía, con la boca abierta, exhibiendo los dientes. Luego le mostró el pie sobre el acelerador y le dio un golpecito en las piernas, que eran demasiado cortas.

Dejaron la casa y Matteo volteaba hacia atrás, luego miraba a derecha e izquierda, y de nuevo a la derecha, porque su alegría era incontenible y quería abarcarlo todo aunque fuera con la mirada; quería beberse esa imagen con los ojos y embriagarse.

El tractor avanzaba lento y decidido, y nada podía detenerlo, ni el lodo ni los hoyos. Recorrieron el tramo de la calle principal, se dirigieron a los campos y encontraron el árbol inclinado sobre un canal de drenaje.

Su padre bajó del tractor y estudió el árbol, sacudió el tronco con las manos para ver si se movía, pero, incluso en esa posición, el árbol parecía firmemente plantado en la tierra. Acarició la corteza y volvió al tractor.

—¿Entiendes, hijo? —le preguntó.

Encendió la motosierra y cortó las ramas más bajas y el tronco. El árbol se inclinó y cayó. Luego fijó una cuerda a la parte posterior del tractor y la amarró al tocón que estaba todavía bien plantado en la tierra.

Volvió al tractor y aceleró. La cuerda se tensó como un elástico.

—No te tengo miedo —dijo.

Las grandes ruedas posteriores giraban atascadas en la tierra mojada, patinaban sobre el lodo que parecía resbaloso, como si debajo hubiera hielo.

—¡Jesús! —vociferó su padre—. Santa María.

Tomó un pico y se puso a cavar un surco en torno al tronco para reducir el agarre de las raíces. Parecía uno de esos fosos que rodeaban los castillos medievales.

Su padre alzaba el pico detrás de la cabeza, arqueaba la espalda y clavaba la punta metálica cerca de las raíces del árbol con una fuerza sobrehumana. Eran golpes precisos y el pico se hundía sin dificultad, como entra un cuchillo afilado en la carne.

—¡Ah! —se daba ánimos. Se secaba la frente con la mano y continuaba—. ¡Ah!, anda.

Después de una hora, su padre tenía la camiseta empapada de sudor, pero no cedía.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó.

—Sí —respondió Matteo.

—Muy bien. Mira y aprende.

A eso de las seis, el sol comenzó a caer. Su padre subió al tractor, se secó la frente y encendió el motor. Metió la marcha y el árbol se dobló como si no quisiera separarse, pero no pudo resistir más.

Las raíces surgieron como grandes garras aferradas a algo duro e invisible, tal vez a una roca o a la tierra seca.

—Ya está cansado —dijo su padre, y era cierto. El árbol poco a poco se dobló y las raíces levantaron terrones de donde sobresalían grandes gusanos blancos. A lo lejos se escuchaba el crujir de la madera al romperse.

De pronto cortó el aire el silbido de un frenazo, al fondo, en la carretera principal, a medio kilómetro de ellos.

Matteo se dio la vuelta. De vez en cuando, por allí alguien se salía de la ruta o se estrellaba contra el capitel de la Virgen. Esa vez no se veía nada, solo su casa iluminada por la luz dorada del sol en descenso, una luminosa explosión detrás del techo.

Su padre estaba concentrado, con los músculos de los brazos y del cuello contraídos mientras el árbol caía y moría. Matteo sintió que algo en él también estaba terminando. De vez en cuando tenía estos pensamientos y siempre llegaban así, de un momento a otro, sin previo aviso. Percibía algo innombrable dentro de sí: estaba con su padre y no era posible ser infeliz; sin embargo, esa repentina melancolía lo emocionaba y lo asustaba, porque era algo poderoso y bello, más grande que él y que su padre, más grande de lo que podía imaginar, más grande que todo, pero algún día eso también terminaría.

Tras la última resistencia, el tronco cedió y caerían otros árboles, el otoño se transformaría en invierno, el sol saldría y se pondría como siempre. No podían detenerse los temporales ni las lluvias ni la sucesión de las estaciones, ni podía mutarse el curso de los eventos.

Las dos caras de la misma moneda. Las dos caras de la vida, las dos caras del tiempo que pasa.

Él, mirando hacia su casa, con el sol que ardía detrás del techo, pensó que en cualquier momento todos podríamos ser alcanzados por nuestros rayos, y, cuando eso ocurrió, cuando lo invadieron esas sensaciones, a Matteo le dieron ganas de llorar, aunque él nunca había llorado. Su padre le había enseñado que llorar era cosa de niñas, pero en esa ocasión casi no pudo contenerse y sintió que se sonrojaba.

Por fortuna, su padre no se dio cuenta, concentrado en su trabajo. Había exterminado a su enemigo, el árbol, ahora inerte, que yacía sobre la tierra como un animal muerto. Parecía el esqueleto de una ballena varada en la playa.

Finalmente.

Las raíces eran un enjambre de ramas secas, y su padre se relajó y sonrió, felicitándose a sí mismo.

—Bien hecho —dijo con orgullo—. Bien hecho, mi niño. A tu padre no lo detendrá ningún árbol.

Bajó del tractor y soltó la cuerda como si no hubiera pasado nada. En realidad, no había pasado nada, tan solo había cumplido con su deber y el árbol había resistido todo lo que había podido. A cada quien le toca su propia batalla. Las dos caras. Hombres y árboles.

—Ahora podemos volver a casa —dijo su padre.

4

Matteo se demoraba con el cepillo entre los dientes, le gustaba sentir el aire sobre su rostro mientras saboreaba el gusto de la menta que le refrescaba la lengua. Presionaba las cerdas contra las encías, casi hasta lastimarse, para sentir cómo le punzaban.

Se enjuagó la boca, luego se lavó el rostro y volvió a la ventana con la toalla entre los dedos.

Allí, ante él, la presa, su lugar preferido: una construcción de concreto armado con grandes cabestrantes, cuerdas y un timón de metal.

Normalmente no había nadie, pero ahora estaba estacionada la camioneta del municipio en el claro más allá del cancel y dos hombres con overoles azules escudriñaban el agua apoyados en el barandal metálico.

Uno de los hombres señalaba un punto en una esquina del estanque, empujando algo debajo de él con un bastón largo. Fue hasta la camioneta, desenganchó dos palas y volvió a donde estaba su compañero. Ambos pusieron manos a la obra y se inclinaron por el esfuerzo.

El que había llevado las palas se secaba el sudor de la frente cuando de pronto alzó la vista hacia él; tal vez había oído un ruido, no podía saberlo. Con una mano se protegía los ojos contra el sol y miraba la pendiente que descendía desde las colinas hacia el pueblo, donde las primeras casas se amontonaban en la ladera y comenzaba la calle que conducía al centro.

Para que no lo vieran, Matteo retrocedió un paso y se puso al lado del lavamanos.

—Matteo, levántate, al menos hoy… —gritó su madre desde el salón. Estaba asustada—. Ayúdame, Señor…, no puedo más. Nada más… ¡Ay, por Dios! No, Clarissa, ¡deja eso!

Matteo quería seguir peinándose y tomarse su tiempo, pero en esa ocasión su madre insistía y, para que dejara de hacerlo, respondió:

—Estoy en el baño, mamá. —Recogió su ropa que estaba doblada sobre la orilla de la tina de baño y salió.

—Que no se nos haga tarde —repetía su madre, con la misma voz quebrada. Y entonces, solo por imaginar una ruta de escape, miró una última vez por la ventana, al cielo, a la calle, a las colinas y a la presa adonde siempre iba con su padre y donde el hombre que antes miraba en su dirección subía ya a su camioneta.

Matteo se precipitó por la escalera. Su hermana, sentada en el primer escalón, miraba hacia arriba, hacia él, su Dios.

«Ay, Clarissa… Qué estúpida», se repetía. La envidiaba por ser una *estúpida* que no sabía nada de la vida, y hubiera querido ser él también estúpido porque, como se decía, esos viven mejor.

Clarissa, sí, como su bisabuela. Matteo volvió a pensar en su padre y en la época en que mamá estaba embarazada de Clarissa. Fueron meses difíciles; su madre fue internada de emergencia en el hospital porque corría el riesgo de morir; había adelgazado, estaba irreconocible, con ojeras y con la piel del rostro sudorosa.

Entonces, su padre se hizo cargo de todo, de las compras, de la limpieza, del campo y del camión, y por las noches durante la cena, cuando estaban los dos solos, repetía que todo estaría bien y que mamá regresaría pronto. Pero Matteo había percibido un desconocido temor en esas

palabras.

Resistieron y, al final, las cosas se acomodaron; mamá volvió y en pocas semanas se recuperó del todo. Habían resistido, sí, lo habían logrado. Matteo se dijo entonces que ese había sido el momento más difícil. Pero no, pocos meses después, en una cálida noche veraniega, su padre murió al quedarse dormido en una autopista alemana.

5

El timbre del microondas sonaba en medio del ruido de los platos, de una cajita de música con abejas y de las carcajadas sin motivo de Clarissa.

Su madre lo llamaba de nuevo y a Matteo le sorprendió que, vista desde allá arriba, se notara más vieja, con los hombros caídos hacia adelante. Se dirigió hacia la niña y, sin voltear a verlo, la sentó en la sillita floreada.

—Te lo suplico —susurraba mientras le daba de comer—. Come, cariño. Al menos tú, échame una mano.

El mechón de cabellos rojos sobre el azul de la blusita le recordó un ramo de viejas rosas secas, como las que había en el florero cerca de la puerta del salón.

Al agacharse a recoger la cucharita de plástico que se había escapado de las manos de Clarissa, finalmente su madre lo vio, parado en las escaleras. Se detuvo, casi atónita, sorprendida o perpleja, un poco de todo, porque no esperaba encontrarlo allí frente a ella, aunque había estado llamándolo desde hacía media hora.

—Cómo estás —dijo. No era una pregunta y en realidad no esperaba que le respondiera. Se levantó, le quitó el babero a Clarissa, que no había comido nada, pero esa mañana no importaba, no era momento de preocuparse por esas cosas, la cargó y la dejó en el suelo, donde se movía libremente.

—Aquí estás ya, Matteo. Muy bien, te lavaste los dientes. Tienes hambre. —Tampoco estas eran preguntas y antes de terminar se precipitó a su habitación con pasos cortos, como si escapara. Le hizo pensar en una sombra sobre un muro.

Delante del espejo del armario —había dejado la puerta abierta— se quitó la blusa azul y la cambió por una de color crema con el cuello bordado, una vieja blusa que usaba cuando iban a misa. Se la puso de prisa y salió mientras se la abotonaba.

—¿Has visto las llaves del auto? —Esa sí era una pregunta.

Su madre ahora parecía perdida, se movía como una mosca atrapada dentro de un vaso, buscaba una ruta de escape, pero solo chocaba contra el vidrio, hasta que salió de la habitación —alguien había levantado el vaso— y rebuscó en el cajón de la correspondencia, en la despensa, dentro de la vasijita de plata de los caramelos sobre la mesita delante del sofá.

—Se las está comiendo Clarissa —dijo Matteo.

Sí, allí estaba Clarissa, de piernas cruzadas a los pies de la mesa, con las llaves en la boca. Las chupaba como si fueran un turrón, un hilo de baba le recorría el cuello.

—Hoy estoy en las nubes —continuó su madre—. En las nubes, pero verás que todo va a salir bien.

Tomó el bolso que estaba a un lado de la puerta y salió con la niña en los brazos sin añadir nada y sin darle tiempo a Matteo de desayunar. No era importante ni para Matteo, que no tenía hambre, ni para ella que ya se había ido.

Matteo recogió las llaves del suelo, estaban llenas de saliva y las secó restregándolas contra su pantalón.

Antes de salir volvió la vista, quería fijar en su mente las cosas: la cocina, las tazas y los platos

que estaban todavía sobre la mesa, como si de un momento a otro la casa fuera a desaparecer.

Estaba quieto en el umbral, en el mismo lugar en el que ese día, cuando tocaron a la puerta y fue a abrir, se encontró delante con un joven policía bronceado y con largas patillas cuidadosamente recortadas. Tenía apoyada la gorra contra el abdomen y quería hablar con mamá.

Matteo había corrido a buscarla y ellos hablaron en voz baja, pocas palabras que no pudo escuchar, palabras graves, nada más que simples sonidos, quien sabe cuántas veces usadas por el mismo policía. Sin embargo, lo cambiaron todo.

Diez minutos más tarde llegaron los abuelos. El abuelo siempre tenía ganas de bromear, pero ese día no dijo nada. Era un hombre fornido y con blancos bigotes muy bien cuidados. Tenía manos grandes de obrero y dedos suaves; le faltaban dos, el meñique y el anular, porque la fresa de una máquina se los había cercenado.

Cuando veía a Matteo, le hacía siempre el juego de la aparición de los dedos faltantes: acercaba los puños cerrados y pasaba los dedos de una mano a la otra. El abuelo siempre lo saludaba así, pero esa mañana no tuvo ánimo para eso.

Hablaba la abuela, que llevaba la ropa deportiva que usaba para trabajar en el jardín y tenía el cabello recogido con pasadores negros.

—¿Cómo ocurrió? —empezó.

—En el camión —repuso mamá.

—En el camión.

—Sí.

—Lo sabía.

—Andreina —interrumpió el abuelo—, calla.

—En el camión —continuó la abuela.

—Sí.

—Tenía que ocurrir tarde o temprano.

Matteo estaba inmóvil, de pie, al fondo de la habitación, donde nadie lo veía.

—Siéntate, Enrica, siéntate, cálmate. —El abuelo le dio la mano y la hizo sentarse en el sofá.

—¿Dónde?

—Andreina, para.

—Cerca de Múnich.

—¿De noche?

—Sí.

—Y había bebido.

—¿Por qué no paras ya?

—No, mamá.

—¿Segura?

—Sí.

—Era un inconsciente. Quedarse dormido, lo sabía…

—Se quedó dormido, eso dijeron.

—No debiste haber permitido que condujera el camión con dos niños en casa.

—Para ya, Andreina, cállate, por Dios —dijo el abuelo.

La abuela no lo escuchó.

—¿Cuántas veces le dije que no condujera de noche? Pero era un necio.

—Mamá, por favor.

—¿Tienes sed? —preguntó el abuelo.

—¿Ahora qué harás con los niños? ¿No pensó en ellos? Si no tenía cabeza para tener hijos, ¿por qué los tuvo? Debiste haberme escuchado y conseguirte uno normal. Pero aquí cada quien hace lo que le viene en gana.

Mamá miró a Matteo y se enjugó las lágrimas con el puño de la blusa. Tenía los ojos vacíos. Era una mirada que Matteo jamás había visto, no parecía su mamá.

—¿Qué quería hacer con ese camión? ¿Dinero? Quería dinero porque Italia le quedaba chica, ¿cierto? ¿Quería irse lejos porque le pagaban más? ¿Y ahora qué hacemos con su dinero?

El abuelo regresó con un vaso de agua y se sentó junto a mamá. Se quitó la chamarra, manchada de hierba y tierra, y acarició la espalda de mamá.

—Andreina, no es el momento, después hablamos. Tú —continuó—… Tenemos que ser fuertes. Luego trataremos de entender.

—Nunca será el momento. Está muerto.

—Mamá.

—Entender no sirve para nada.

—Andreina.

—Se lo dije mil veces: «Ya no eres un jovencito… Tienes una familia ¿Piensas en tu familia?». Pero él era el más inteligente. Creía que con una sonrisa lo arreglaba todo, y hacía lo que le daba la gana. Pero ¿qué se creía? ¿Que las cosas se arreglan solas?

—Mamá.

—Él siempre tenía razón. Lo odio.

—Andreina…

—Era el más listo, ¿no? Como cuando compró ese tractor usado. ¿Alguna vez te puso atención?

—No.

—Ese tractor siempre se descomponía, lo engañaron, a él que era tan listo.

—Por favor.

—Le dije mil veces que sentara cabeza, que tenía dos hijos y que podíamos ayudarlo, pero que tenía que sentar cabeza. Pero él se reía en tu cara, y decía con su sonrisita: «Lo pensaré, señora. Claro que lo pensaré, ¿le preparo un café?».

—Mamá, necesito respirar.

—Se lo dije: «Yo vi la guerra, sabré algo más que tú, ¿no? Ya no tienes veinte años, párale, animal, no puedes siempre correr, quédate con tu mujer, que no tenemos problemas de dinero, y tienes una familia y nosotros te ayudamos, es peligroso que estés todas esas horas al volante, y luego el trabajo en el campo, haciendo de todo…», pero ¿adónde quería ir? ¿A Estados Unidos?

El abuelo se acercó más a mamá, la abrazó, acariciándola.

—Duermes dos horas y vuelves al camino, todo ese frenesí. ¿Piensas en tus hijos? ¿En tu mujer? ¿Has llevado a cenar a mi hija? ¿O al cine? Testarudo campesino, ¿le has dado un regalo?, ¿un ramo de flores? ¿Qué?, ¿te falta dinero?

Comenzó a llorar y mamá la llamó.

—Ven acá, mamá.

—El camión —continuó la abuela. Se levantó con trabajo del sillón, como si su cuerpo fuera pesadísimo.

Se sentó al lado de mamá, a su derecha, del otro lado del abuelo. Suspiró, se sonó la nariz y luego vio a Matteo de pie en la puerta de la cocina. Posó la mirada sobre la carriola de Clarissa y

negó con la cabeza como a veces hacen los bueyes: se alejan y se mueven sabiendo que tienen las patas amarradas y que todo lo que les queda es un *no* con la cabeza.

—Y ahora, ¿qué hacemos con un camión inservible? —gritó.

—Me siento mal —dijo mamá—. No puedo estar sentada.

El abuelo le dio la mano a Matteo y lo hizo sentarse en el sillón delante del sofá donde estaba su madre, quien se escabulló de prisa a la cocina, revolvió algo en la estufa, luego salió con los cabellos alborotados y corrió escaleras arriba.

—Enrica —dijo la abuela.

—Enrica —la llamó el abuelo.

—Voy con ella —la abuela la siguió y desapareció por la escalera.

Matteo y el abuelo escucharon sus voces, susurros desgarrados, suspiros, medias frases. Luego, la abuela dijo que mamá estaba pálida y que había que hacer algo.

—Franco está muerto —repuso mamá—. No hay nada que hacer. Está muerto, entiéndelo, y de nada sirve ofenderlo ahora.

—¿Qué hacemos?

—Déjame. Quiero estar sola. Vete.

Bajaron porque mamá estaba mareada y tenía ganas de vomitar.

Llamaron al médico, que le recetó por teléfono unas pastillas. El abuelo fue a la farmacia y a los cinco minutos mamá se había tranquilizado.

De pronto, Clarissa gritó como solía hacerlo; se despertó, la tonta, y la abuela la cargó y fue a la cocina a preparar café.

—Todo estará bien —le susurraba a la niña, que reía feliz y no entendía nada—. Todo estará bien.

En verdad era una estúpida, no sabía que ese día su vida había cambiado, que todo había terminado y que no quedaba ya nada. Pero ella reía. Esa risa, la más estúpida que Matteo había escuchado, ese día le dio miedo.

—Tu marido era un estúpido —continuó la abuela—. Pero tú no escuchas nunca. Eres como él. Te lo merecías.

El abuelo encendió la televisión y Clarissa se durmió sobre sus piernas. La puso de nuevo en la cuna y volvió al sofá. Apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas y cargó a Matteo. Le acarició la cabeza como había hecho con su madre.

—No lo sé —decía—. No lo sé.

Repetía esas palabras como si estuviera solo en la habitación.

—Necesito estar sola —había dicho mamá con un hilillo de voz, luego miró a Matteo—. Matteo —dijo, la boca le temblaba—. Matteo, ya eres grande. Papá murió.

—¿Son esos modos de decírselo?

—Andreina, ¡ya cállate!

—Mamá necesita estar sola para poner en orden sus ideas, ve a casa de los abuelos con Clarissa, por favor. Luego iré por ti.

Era su modo de liberarse de él. Matteo se lo dijo a sí mismo en ese momento, años después, quieto en esa misma puerta, con las llaves que había babeado Clarissa. Era siempre así cuando había problemas.

—Matteo, apúrate —lo llamó su madre. Te lo suplico, ayúdame. Anda, que no podemos llegar tarde. Al menos hoy.

Había terminado ese tiempo robado y tenían que ir a ese lugar, con esas personas que no se

sabía si eran buenas o malas, porque para ellos no había ninguna diferencia, pero ya no era momento de pensar o recordar. Ahora tenía que ser el chico diligente, cerrar la puerta e ir con su madre, que rebuscaba en los bolsillos con la niña en brazos. Estaba en medio de la explanada, con la mirada perdida, en equilibrio, como si estuviera a punto de caer.

Le preguntó de nuevo si sabía dónde estaban las llaves y él se las enseñó.

—Aquí están, mamá —dijo.

—Ah, sí —repuso—. Vamos, que se hace tarde.

6

Su madre acomodó a Clarissa en el asiento trasero y encendió el auto.

—Virgen santísima —repetía, enjugándose las lágrimas con un pañuelo desechable.

Arrancó y el auto, después de una sacudida, se detuvo a mitad del patio.

—Tú estate tranquilo —le dijo, persignándose y tocando la imagen de la Virgen que estaba en el tablero—. Bésala tú también, besa a la Virgen…

Matteo la besó de mala gana y sintió la frescura del plástico en sus labios.

—Buen chico.

Se sonó la nariz y arrancaron rebotando sobre el empedrado. Matteo volteó para echar una última mirada a la casa, para revisar que todo estuviera en orden. A un costado estaba el corral, el cobertizo y, al fondo, cada vez más pequeña, la presa, con la camioneta del municipio.

Últimamente volvía con frecuencia, casi todas las tardes. Estaba bien así, solo. Fijaba las cañas en el suelo y encendía una pequeña radio para escuchar los partidos, aunque no le gustaba el futbol, y poco le importaba si picaban o no los peces, a él no le interesaba pescar, sino pasar el tiempo, observar el sol que recorría el cuadrante del cielo y se movía siempre para regresar al mismo lugar, todos los días.

Le gustaban el viento en su rostro, el vuelo de las aves, las formas de las nubes, porque eso era la pesca: no hacer nada.

Y, además, desde esa posición el color amarillo del grano maduro no era un muro impenetrable, sino una extensión plana, interrumpida únicamente por los cobertizos de la ciudad y, más allá, por el mar, tal vez, ¿quién podría decirlo? El mar…

Ciertos días de viento, sentía en el aire la salinidad húmeda, fresca y pegajosa; un olor acre que penetraba por la nariz.

Lo había sentido unos días antes, cuando estaba enganchando el gusano, ese cuerpo viscoso que se contorsionaba entre sus dedos. En la radio había comenzado la canción que su padre le había tocado con una vieja guitarra que encontraron en la buhardilla, y se había quedado quieto, con el gusano oscilando, y se sintió conmovido por esas notas. Fue una iluminación. Esta es la música, se dijo. La cabeza le dio vueltas de puro gusto.

Tuvo que apoyar la caña en el suelo y sentarse en un banquito para no caer, cerró los ojos y se dejó transportar. Sí. La «música» se repitió mientras escuchaba la canción. Otro soplo de viento, el aire del mar había llegado hasta allí atravesando toda la pradera y ahora lo recordaba, olores densos de tierra y de grano.

Estiró las piernas sobre el banquito de pesca como lo hacía su padre y, con las bermudas, se limpió los dedos sucios de gusano, agua y lodo. La voz del cantante en la radio se había tornado rabiosa y le pareció que esas palabras desconocidas estaban dirigidas a él, y se sintió mal, sufrió un dolor en el estómago.

Presionó las manos contra el estómago y contuvo la respiración. Una nube en el cielo, el tañido amortiguado de las campanas, el graznido de un cuervo detrás de él. Luego, un gato gris sin cola que solía pasearse por allí.

El gato hurgó dentro de una grieta en la pared del cobertizo cercano a la presa. Acarició la

hierba con una pata, se escabulló dentro del arbusto y salió con una lagartija en el hocico. Se alejó unos metros y, sobre la grava suelta, liberó al reptil. Le dio un zarpazo y lo elevó tres metros en el aire, un vuelo desordenado, el cuerpo doblado por el manotazo, la cola vibraba.

En ese preciso instante, la punta de la caña milagrosamente se curvó de un tirón, tal vez un pez; no, no lo podía creer, ¿hacía cuánto tiempo que no atrapaba un pez? Por prudencia recogió la caña como le había enseñado su padre, con delicadeza, hasta que el pez dio el mordisco final. Entonces jaló y sacó una brema que agitaba la cola, igual que la lagartija con el gato.

La atrapó con la mano mientras en la radio la música se hacía más intensa. La voz del cantante era un lamento por encima de la batería. Matteo apoyó la caña en el suelo. Tomó el anzuelo con los dedos índice y medio, y lo desenganchó de la boca del pez; el cartílago de la mandíbula estaba fracturado.

El pez resbalaba en su mano, de su boca escapaban pedazos de gusano. Los gritos del cantante en la radio eran más agudos y desesperados, parecían el lamento del pez, que abría desmesuradamente la boca, y Matteo se dijo que la vida del pez estaba en sus manos. Lo observó sin pena, tal como lo hacía su padre, y, cuando la canción terminó, lo lanzó al agua.

Se sentó en el banquito. Un poco más allá, el cuerpo desmembrado de la lagartija. Parecía una hoja mutilada de una planta suculenta.

De nada servía pensar ni atormentarse, de nada servía devolverle la vida a la lagartija o matar al pez. Esa noche, en su cama, todavía lo sentía vibrar entre su mano, con los ojos muy abiertos.

7

Mamá giró a la izquierda y tomó la callecita de los abuelos, bajó la velocidad para no levantar polvo y se detuvo delante de la reja con el motor encendido. «Nunca nadie me dice nada».

Esbozó una sonrisa. Levantó su mentón con la mano. Lo besó.

—Matteo —le dijo.

Apareció un ala delta, con su vela de color rojo brillante, recortando el azul del cielo. Cruzó en línea recta, girando a gran altura para desaparecer tras ellos, sumergiéndose entre las colinas.

Su madre desabrochó el cinturón del asiento de Clarissa, la tomó entre sus brazos y se dirigió a la abuela, que esperaba delante del rosal. Estaba vestida igual que aquella ocasión: con la ropa deportiva y pasadores en el cabello.

El abuelo se asomó desde atrás de la casa, besó a Clarissa y caminó directamente hasta él. Lo hacía del mismo modo nervioso como cuando entraron en casa el día de la muerte de su padre, con la espalda rígida y la cabeza hundida entre los hombros contraídos. En aquella ocasión, el abuelo le había preparado un sándwich de mermelada y él se lo comió, aunque no tenía hambre. Por la noche, en el noticiero hablaron del incidente y mostraron fotos tomadas desde un helicóptero.

El camión de su padre era una enorme oruga comprimida, con la cabeza clavada dentro del campo adyacente a la carretera, y el resto invadiendo el otro carril. Las tomas mostraban el parabrisas salpicado de sangre. La sangre de su papá, pensó Matteo.

En ese momento, la periodista pronunció su nombre. Explicó que le sobrevivían su mujer y dos hijos. «Un niño de diez años, Matteo, y una pequeña de pocos meses, Clarissa».

Matteo era él.

Había pasado el tiempo, pero para el abuelo nada parecía haber cambiado, siempre trataba de hacerlo sentir bien.

Apoyó los codos en la ventanilla abierta. Se asomó dentro del auto.

—Hola, hombrecito —comenzó—. ¿Cómo te va, viejo amigo?

—Bien.

—Enséñales a esos. ¿Sabes…?, si hay problemas, me llamas, voy y acabo con ellos, ¿de acuerdo? —Apretó el puño y lo alzó mientras se reía. Ese era su abuelo.

—Sí, abuelo.

—Mira.

Como siempre, juntó las manos, la mutilada debajo de la otra, pero esa vez la magia no funcionó y Matteo no sonrió.

—Creo que ya descubriste el truco.

—Sí.

—Inténtalo tú.

—No tengo ganas, abuelo.

—Ya lo descubriste, lo sé, ya eres un hombre. —Un hombre, así lo llamaban cuando había problemas—. Ya no te hace reír.

Habría podido responderle que no. Observaba a mamá y a la abuela cuchichear a pocos

metros de la terraza de la casa.

La abuela alzó la voz, decía que ella sabría qué hacer. Estaba enojada con mamá.

—Toda tu vida has cometido estupideces. No es justo que paguen los niños.

Esta vez, mamá respondió.

—No puedes hablarme así —replicó. Parecía que ni siquiera ella podía creerlo. Nunca había usado ese tono con la abuela.

La abuela seguía meciendo a Clarissa entre sus brazos. Le acariciaba la cabeza como si fuera una niña más pequeña de lo que era.

—Soy tu madre —retomó en tono seco.

—Esta vez, me las arreglo yo sola —repuso mamá, esforzándose por mostrarse segura de sí misma, pero le temblaba la voz. El abuelo las miraba, sonreía un poco, tratando de esbozar la expresión cómica de cuando quería hacerlo reír—. Esta vez, te quedas en tu lugar, debo hacerlo yo —continuó mamá.

Matteo nunca había visto a mamá comportarse de ese modo e imaginaba que ocurriría algo terrible. Pero no sucedió nada.

—Te calmas ahora mismo —ordenó la abuela.

Clarissa, que antes reía, se soltó a llorar cuando la abuela alzó la voz.

—Nunca has hecho nada bien —la acusó la abuela—. Si tan solo me escucharas…

—¡Deja de hablarme así! —gritó mamá.

—Oigan —interrumpió el abuelo—. ¿Qué sucede, chicas?

—Deberías agradecerme —continuó la abuela—, o llévate a la niña, si tú sola puedes.

—Chicas —repitió el abuelo.

—Lo hago por ella, no por ti.

—Siempre chantajeándome.

—¿Así me agradeces? —La abuela acariciaba la cabeza de Clarissa.

—Ya basta, y cambia tú también.

—Lo hago por ella. ¿Crees que me gusta?

—Deberías hacerlo por mí, al menos una vez… —dijo mamá—. Al menos una vez en la vida.

—Me estoy hartando —repuso la abuela y se acercó al auto.

—Andreina —atajó el abuelo.

No escuchó o no quería responder.

—Hola, Matteo, ¿cómo estás?

—Bien, abuela.

—Andreina, tranquilízate—continuó el abuelo.

De nuevo el ala delta, por suerte, a unos cientos de metros de donde estaban, del lado del pueblo. Se oía el rumor del motor, que parecía un gran insecto, como música de fondo para sus palabras.

El abuelo se acercó a la abuela.

—Andreina —dijo. No continuó y la abrazó. Escondió la cabeza en su hombro y comenzó a llorar.

—Me necesitan, lo sabes. Pero ¿por qué no se deja ayudar? ¿Por qué siempre hace lo que le da la gana, hasta en estos momentos?

—Andreina, ayer lo discutimos y tomamos una decisión.

—¡No! —La abuela se separó del abrazo y se dirigió de nuevo a Matteo—. Yo tengo que defender a los niños.

El abuelo volvió a abrazarla. Clarissa estaba en medio.

—Matteo, cariño… —continuó la abuela.

El abuelo la sujetaba con el brazo. Se la llevó.

Mientras se alejaban, el abuelo volteó para despedirse de Matteo con la mano.

—Enrica, ya váyanse —le dijo a mamá—. Sabes que no estamos de acuerdo, pero está bien, si ya lo decidiste. Anda, apúrate.

8

Aunque la calle estaba desierta, mamá conducía despacio. Dejamos atrás la iglesia y pasamos por la casa parroquial, que desde hacía días estaba cerrada.

Mamá lloraba. Emitía un llanto reprimido y sin respiración. Se sofocaba, luego suspiraba y sacaba el aire apretando la boca.

Se enjugaba las lágrimas con un pañuelo y lo apretaba contra sus labios. Era así como debía de llorar cuando se encerraba en el baño; su llanto silencioso.

—Yo… —suspiraba—. No es justo que… —Avanzaba con prudencia, parecía que conducir le resultaba agotador—. Matteo, ya lo entendiste, ya eres grande, aquí estamos nosotros dos. —Comenzó a llorar de nuevo—. Y… ahora no sé qué más decir…

—Mamá…

—Tenemos que ayudarnos. Al menos entre nosotros. —Arrugó el pañuelo y lo metió en la manga de la blusa, el mismo gesto que hacía la abuela.

A la izquierda apareció el campo deportivo, un rectángulo de tierra seca y arenosa con unos cuantos matorrales en las esquinas.

—Yo… —continuó su madre—. Es decir…

Se detuvo en el acotamiento del camino.

—Ahora me calmo, tranquilízate. *Ellos* no deben verme así.

—Mamá, verás que todo sale bien.

—Ya no puedo, ¿me entiendes? Tu abuela te quiere, pero toda la vida… Toda la vida yo… Tendrían que comprender, pero… Y yo, ¿tengo que desaparecer? ¿No debí haber nacido? ¿Dónde tendría que meterme…? —Apagó el motor. Intentaba dejar de llorar, inhalaba y exhalaba profundamente—.Verás… Pero, ahora, dame unos minutos —decía—. Necesito aire.

—Sí, mamá.

Matteo observaba el campo deportivo al otro lado de la calle. Hasta hacía unos días siempre había alguien jugando con el balón, sobre todo durante las fiestas parroquiales del verano: el campamento al cual venían también los niños de los pueblos vecinos.

—Es que siempre me equivoco —retomó mamá, como si estuviera hablando sola—. En mi vida todo siempre ha salido mal… Nunca hay nada bueno… Aunque siempre me he esforzado, con ustedes, con tu padre, con tus abuelos, pero nada. Y ¿por qué? ¿En qué me equivoco, Matteo? ¿Me lo puedes decir?

Matteo no podía apartar la vista del campo deportivo. La primera vez que estuvo allí, años atrás, lo había llevado ella, un lunes de junio después de pasar una mañana en la presa. Estaba triste, tal vez enojada o quizá solo agotada, como ahora.

—Estoy cansada, ¿entiendes? Mamá está cansada, cansadísima —continuó—. Pero… pero ni siquiera debería hablar contigo de estas cosas.

Salió del auto, cerró la puerta y se apoyó en el vehículo.

—Ahora, dame unos minutos.

Matteo la veía de espaldas. A cada momento se tallaba la cara, se sonaba y suspiraba.

También cuando lo acompañó al campamento de verano de la iglesia estaba cansada, pero era

un cansancio diferente. Tal vez estaba cansada de él y a la hora del almuerzo le había dicho que estaba cansada también de su hermana, que era un desastre para una mujer sola, cansada de trabajar nada más, y así esa primera tarde lo sentó en el portabultos trasero de la bicicleta y pedaleó hasta la casa parroquial.

—Pórtate bien —le dijo cuando llegaron. Lo peinó con los dedos—. Por favor, aunque sea aquí, pórtate bien. Necesito un descanso, ¿me comprendes?

En esa ocasión lo recibió el sacerdote en persona, en la esquina entre el campo y la reja de hierro. Llevaba una camiseta negra de Metallica, con grandes letras que decían GODS OF METAL y la gorra de los Chicago Bulls. No parecía un cura, sino un joven normal de treinta años, delgado, con la nariz respingada y los ojos hundidos entre las sienes.

—Hola, Matteo —lo saludó. Siempre estaba contento y les sonreía a todos—. ¡Choca esos cinco, campeón!

—Buenos días, padre Andrea —dijo su madre.

—Nuestro Señor te cuida y no te deja sola. Rezo por ustedes todas las noches, Enrica.

Su madre respondió con una expresión de desilusión, retrocedió un paso y se sonó la nariz.

—Sí —dijo.

—¿Ya viste cuántos niños, Matteo? ¿Por qué nunca vienes a la parroquia?

—Pesco.

Era verdad, estar en la presa con la caña de pescar entre las manos era la única cosa que lo hacía sentirse bien.

—¿Pescas?

—Sí, en la presa.

—Los apóstoles también eran pescadores, es un buen inicio.

—Sí —intervino su madre.

—En la Iglesia hay lugar para todos, Matteo —dijo sonriendo. Esa sonrisa plena que las personas definían como «contagiosa».

—Padre Andrea… —continuó su madre.

El párroco la tomó de las manos, apretándolas. Cerró los ojos y la bendijo con la señal de la cruz.

—Es importante la caridad —prosiguió—. Pero es más importante la fe. No debemos perder nunca la fe, Enrica.

—La fe… —Resopló su madre.

—Vamos. No está bien hablar así delante de un niño. ¿Verdad, Matteo? Los niños necesitan esperanza.

Posó una mano sobre su hombro, estrechándolo.

—Me tengo que ir, padre —interrumpió mamá. Estaba a punto de llorar—. Hay veces en que no puedo más.

—Enrica, aquí estoy.

—Sí, lo sé.

—Perder la esperanza es renunciar a Dios.

—Usted no tiene hijos.

—Todos ustedes son mis hijos.

—Dios mío. Usted no puede comprender este vacío, créame.

—Que Dios te bendiga, Enrica. El Señor ve y acoge el dolor de todas sus ovejas, aunque ellas no lo sepan. Mírame. —Su madre lo miró—. El Señor Dios está contigo y cuida siempre de ti y de

este hermoso niño, que debe crecer en el gozo y en la gracia. Ahora vete en paz, Enrica. Yo te bendigo en el nombre del Padre y cuidaré de este muchacho. La Iglesia es su casa.

—Pórtate bien —le dijo mamá. Lo besó en la frente y se fue.

El párroco le dio la mano y lo acompañó hasta el campo donde había dos filas de niños. Llamó a un chico que llevaba una camiseta que decía STAFF, y se lo encargó.

—Ve en paz con él, Matteo. Michel es nuestro baterista —dijo—. ¿Te gusta la música, Matteo?

—Sí.

—Esta semana, los chicos del grupo te demostrarán de qué están hechos.

Michel lo escoltó hasta la mesa de inscripciones. En la fila para llenar el formato, Matteo volteó hacia la calle, por donde su madre se alejaba lentamente a pie, con la bicicleta a un lado.

Del otro lado de la mesa, un chico le preguntó su nombre, apellido, domicilio y el número telefónico de uno de sus padres. Esas palabras le produjeron vértigo, porque él ya no tenía dos progenitores entre los cuales elegir.

Luego, Michel lo acompañó hasta el centro de la cancha de futbol, donde decenas de niños se alineaban detrás de unas banderas de colores.

—Ve, amigo —le dijo. Lo dejó junto a la bandera amarilla con negro de los Tigres Rugientes, donde el jefe del equipo se recogía el cabello con una banda de los mismos colores.

—Me llamo Peter —comenzó y le dio los últimos toques a la banda—, pero todos me conocen como Jimi, y soy el guitarrista de los Langolieri, la banda que tocará al final de cada día. Allá, en la tarima de madera cerca de la entrada del patronato.

Asintió con satisfacción y señaló el punto donde estaba el escenario, al lado de la cancha de basquetbol, donde tocarían todas las tardes para decretar el fin de los juegos tras el discurso del padre Andrea. Peter iba a retomar su discurso cuando fue interrumpido por el sacerdote, que gritaba a través del megáfono.

—¡Muchachos! ¡Todos en fila! Vamos, que no se haga tarde.

Era la señal del inicio de las competencias: jalar la cuerda, carrera de sacos, minimaratón. ¿Estaban listos?

—¡Sí! —gritaron en respuesta los niños y ese día pasó volando, entre empujones, carreras y caídas, hasta que los Langolieri comenzaron a tocar «Stairway to Heaven», la canción que hacía años Matteo le había escuchado rasguear a su padre, y posteriormente en la presa, en la radio, cuando pescó la brema.

Ahora, interpretada por una verdadera banda, le transmitía algo más intenso y misterioso, tanto que Matteo cerró los ojos para escuchar mejor y disfrutar profundamente la emoción.

Fue el único que se quedó quieto cerca de las banderolas. Los otros niños se precipitaron hacia el escenario, donde gritaban desaforadamente.

«Esta es una banda de verdad», se repetía Matteo. «Me encantaría estar allí con ellos».

Esa noche, ya en su cama, no pensó en otra cosa; no pensó en su padre ni en su madre ni en la presa ni en la pesca. Fantaseaba con estar allí, sobre el escenario con los Langolieri, detrás del teclado, acompañando al cantante e interpretando los solos más complicados, como si fuera fácil y la música surgiera naturalmente de sus dedos.

Al día siguiente participó en las competencias con los otros, tratando de confundirse con ellos. Se desgañitó y dio el máximo para que ganaran los Tigres Rugientes —carrera de costales, búsqueda del tesoro, quemados—, pero solo esperaba el momento de la música y casi se estremeció cuando el cura Andrea decretó el fin de los juegos y comenzó su discurso.

Esa tarde les habló de estar juntos, de la comunión y de la competencia como fuentes de

crecimiento. Del respeto por la inocencia, que es una flor que debe cultivarse toda la vida, y también por la belleza.

Era serio, usaba palabras cuyo significado Matteo no siempre conocía. *Compasión*, *ecumenismo*, *fraternidad*.

El cura repitió algunos pasajes de la Epístola a los romanos, de san Pablo, y Matteo no comprendió qué significaba esa palabra: *epístola*. Se imaginaba una pequeña pistola de plástico, tal vez electrónica, una e-pistola, pero no importaba el significado, lo importante era la voz, la forma en que el sacerdote creía con todo su corazón lo que decía.

En cierto momento, el padre Andrea juntó las manos y cerró los ojos. Bendijo a los niños con un gesto amplio, estirando los brazos. Hizo el signo de la cruz sobre ellos.

—Lo sé —continuó—, siempre hablo demasiado, y debería de pensar solo en el Sermón de la montaña. Somos nosotros, los adultos, quienes tenemos que hacernos como niños y aprender de la pureza de ustedes.

Se detuvo y los miró. Los niños estaban encantados, en silencio. No volaba ni una mosca.

—El Señor mira y recibe el dolor de todas sus ovejas aun cuando estas no lo sientan. El Señor Dios está con ustedes, siempre los cuida y deben crecer en el gozo y la riqueza espiritual. —Tomó un respiro para darle realce a lo que estaba a punto de decir—. La Iglesia es su casa, ustedes son las ovejas predilectas y Él es su buen pastor. Vengan a mí, niños. Yo los recibo en la casa del Señor.

Eran las seis y media. Los jefes de grupo formaron a los niños detrás de sus respectivas banderas y subieron al escenario, donde se movían despacio para no interrumpir el discurso; sabían cuán importante era para el padre Andrea. Encendieron los amplificadores y conectaron los cables en medio de un silencio religioso.

—Bien, hijos míos —concluyó el sacerdote con su tono de misa—. ¡Hasta mañana!

Era la señal. Música. La guitarra eléctrica de Jimi-Peter arrancó los primeros acordes de «Smoke on the Water» como si quisiera reventar las bocinas. El feroz rugido de un león, el barrito de un elefante que se prepara para atacar a un depredador, y los niños rompieron filas y corrieron gritando hasta el escenario.

Matteo no. Ese día también se quedó quieto en su lugar, al fondo, solo, para escuchar. Para apreciar mejor la música.

9

Su madre volvió a subir al auto lentamente y cerró con delicadeza la puerta.

—Ya estoy mejor —dijo—. Solo necesitaba desahogarme. Todo está bien.

Encendió el motor y hundió el pie en el acelerador, como lo hacía siempre antes de arrancar, y el auto aceleró de inmediato.

Acarició la imagen de la Virgen y se miró en el espejo retrovisor. Se acomodó el cabello y con el pañuelo se frotó y se enjugó los ojos.

—Ya vamos. No quería… Créeme…

Se pusieron en marcha poco a poco, su madre agarraba el volante con fuerza, como si este pudiera desprenderse. Apenas tomaron la carretera, frenó repentinamente, luego aceleró y las ruedas patinaron sobre las piedras.

Finalmente reemprendieron el camino.

—A estas alturas, yo cambio de vida, cambio todo… Tan solo tenemos que volver a empezar.

Decía estas palabras casi para sí misma, parecía que se avergonzaba. Pero eran las palabras precisas.

—Tenemos que cambiar… Cambiar… El fénix… Debo creerlo, ¿entiendes? Yo tengo que ser la primera…

—Sí.

—Yo tengo que ser la primera… La nueva Enrica… Ya no existe la vieja, ya no… Está muerta y enterrada… Basta… Siempre todo esto deber ser… Debes hacer esto, debes hacer aquello… ¿Y yo? ¿Dónde quedo yo?

Esbozó una sonrisa.

—Yo siempre… Santo Dios…

Se le olvidó hacer el cambio y el motor patinó.

—Ay, Dios mío… —continuó. Cambió la velocidad—. Yo… Es decir, nosotros, ya no vamos a aceptar… Nosotros, ahora, ¿me explico?

—Sí.

—Ahora nosotros… quiero decir… Cambiamos de vida, empezamos de cero.

Mantenía la mirada fija al frente, en la calle recta y vacía, mientras el pueblo quedaba atrás.

—Nos olvidamos de todo y ya verán…

Aceleró un poco.

—De ahora en adelante, no le permitiremos a nadie… Lo digo en serio, a nadie, ¿entiendes?

Matteo miraba el cielo, esperaba que apareciera de nuevo el ala delta detrás de las colinas o volando sobre la parte alta del pueblo. Lo buscaba adelante, atrás, cerca de la presa o en las colinas, pero nada, no había señales del ala delta. Ahora volaría en otra parte.

Echó un último vistazo a la cancha de futbol a su izquierda y vio el lugar en donde habían instalado la tarima de madera para los discursos y para la música. No quedaba ya nada.

—A nadie, Matteo, ¡ya basta!

En la última tarde del campamento parroquial, desde el escenario, el padre Andrea había premiado a los Indios Metropolitanos, que habían superado por dos puntos a las Águilas

Voladoras. Los Tigres Rugientes habían quedado en el penúltimo lugar, pero el jefe del equipo, Jimi-Peter, estaba igual de satisfecho.

Se escuchó un redoble de tambores y el padre Andrea, con las medallas en la mano, tuvo que alzar la voz.

—Es el sermón de siempre, lo sé —dijo y se rio—. Pero soy el cura y me toca decirlo, queridos niños; si no, me quitan los hábitos.

En ese momento, Jimi-Peter arrancó el *riff* de «Smoke on the Water» a todo volumen, seguido por los teclados, que gritaban como animales asustados, y finalmente la voz, un grito inhumano y hermoso que se apoderaba hasta de las entrañas.

El padre Andrea se mesó el cabello como si estuviera enojado, pero se veía que estaba feliz. Sacudía la cabeza de derecha a izquierda como un cantante de rock.

—*Yeaaah*… —gritaba en el micrófono.

Cantaba a voz en cuello como un jovencito y de cuando en cuando apuntaba el micrófono hacia los niños que coreaban entusiasmados.

—*Yesss* —gritaba.

—*Yesss* —respondían los chicos.

—*Yesss… Yesss*.

Cuando arrancó el coro de «Hey Jude», Matteo cerró los ojos. «Tengo que aprender a sentir», se dijo. «Sentir lo que sienten los verdaderos músicos».

Como siempre, se había quedado atrás, solo. La música llegaba perfectamente hasta ese lugar, ni muy alta ni muy distorsionada. Pero, sobre todo, sin el coro desentonado de los niños.

«Quiero sentir», se repetía.

Estaba concentrado, percibía los bajos vibrando en su estómago, la batería sacudía su cuerpo y la guitarra eléctrica parecía una navaja de luz que se metía bajo la piel.

Se sintió más feliz que nunca; esa tarde le pareció que había sentido y comprendido algo verdaderamente importante. Y a lo largo de toda la canción se concentró en mantenerlo dentro de sí, como un secreto. El significado de la música.

Pero era un sueño y, como todos los sueños, terminó de repente cuando el padre Andrea llegó por detrás y posó una mano sobre su hombro. No lo oyó acercarse y no estaba listo; se sintió avergonzado de que lo hubiera sorprendido así, en el vórtice de esas emociones y, cuando abrió los ojos, estaba sonrojado.

—¿Cómo te va, Matteo? —le preguntó el padre Andrea—. ¿Por qué no cantas con los demás?

No habían hablado durante esa semana y, cuando se lo topaba, el padre Andrea casi ni lo saludaba.

No supo qué responder, habría sido ridículo confesarle que estaba escuchando como un músico, ya que ni siquiera sabía tocar.

—No sé cantar —repuso.

—Todos saben cantar, basta con querer. —El párroco aumentó la presión de la mano sobre su hombro y le dio un golpecito en la nuca—. Basta con querer. ¿Qué música te gusta?

—El rock.

—A mí también me gusta el rock. ¿Te gustaría tocar? —Era lo que más deseaba: un instrumento, una banda, amigos. Sí, daría todo por tocar junto con los otros—. ¿Qué instrumento te gustaría?

—Los teclados.

—Mmm… Los teclados.

—Sí.

—No son fáciles, ¿comprendes? Es necesario tener talento, además de pasión. Pero hay un tiempo para todo. ¿Te acuerdas de la historia de Nuestro Señor en el monte de los Olivos?

—Sí.

—No la olvides, Matteo.

—No, padre.

Le dio otro golpecito en la nuca, un poco más fuerte que el anterior.

—Muy bien —dijo—. El próximo miércoles te espero para los ensayos en el patronato, a las cinco y media.

—Está bien.

—Oye —precisó antes de irse—. Puntual, te lo recomiendo.

El padre Andrea se fue sin que Matteo hubiera podido responder y se alejó hacia donde estaban las mamás, que lo recibieron como si fuera una de ellas, no un sacerdote, y bromeaban con él, señalaban la pañoleta en la cabeza y reían.

Desde ese momento, Matteo no dejó de pensar un solo día en todo eso y el miércoles fue al ensayo.

Volvió también el miércoles siguiente, y el siguiente y el siguiente también.

A veces aparecía el padre Andrea y le decía a Matteo que se pusiera a su lado para tocar con la banda.

—Mira —le decía—. Este es do mayor; este, fa sostenido; esta, la escala de sol. La reconoces porque tiene el sostenido en fa.

Matteo no comprendía, pero sentía que había algo debajo de esas palabras que le hablaba directamente a él y un día, a finales de agosto, se quedó con el cura después de los ensayos, para «la primera lección verdadera». Tenían que abordar la diferencia entre las teclas negras y las blancas del teclado. *Tónica*, *dominante* y *subdominante*, estos eran los conceptos fundamentales.

—No es difícil —le había dicho el padre Andrea y lo hizo interpretar sus dos primeras piezas. «Oh! Susanna», que se tocaba con las teclas negras, y «Albachiara», de Vasco Rossi, con las blancas, usando los dedos índice, medio y anular.

—Así, mira.

Era verdad, era fácil.

El padre Andrea se había levantado y empuñaba la guitarra, y, mientras Matteo continuaba, lo había seguido improvisando. Fue su primer concierto y se les hizo tarde sin darse cuenta. La música les había hecho perder el sentido del tiempo y a las ocho, antes de irse, el padre le dijo que tenía algo para él, porque se había portado bien.

Entre las cajas dentro de un armario encontró un pequeño teclado portátil color amarillo y se lo entregó, como si se tratara de un objeto precioso.

—Este sirve para los ejercicios en casa. —Se lo entregó y le hizo una caricia en el dorso de la mano—. Tarde o temprano, haré que toques con los demás, pero tenemos que ver si la música es una pasión verdadera o un interés pasajero.

Matteo se emocionó, era su primer teclado y lo apretaba con fuerza.

Subieron a la camioneta de la parroquia y el sacerdote lo acompañó a casa por la misma calle que en ese momento recorría con mamá, aunque en sentido contrario.

Volvía a ver la imagen del sacerdote en la puerta de la casa parroquial, con el pequeño teclado amarillo entre las manos, limpiándole el polvo con la túnica. Ahora no le parecía ya un objeto precioso, sino una cosa sucia. Esa misma puerta de la casa parroquial estaba ahora sellada con la

cinta adhesiva de líneas blancas y rojas que había visto en tantas películas en la televisión.

—Llegamos —le dijo su madre—. Tan solo tenemos que estar tranquilos. ¿Estás tranquilo?

—Sí, mamá.

Bajó la velocidad, dejó pasar una motoneta y viró a la izquierda. Se estacionó delante del viejo edificio del municipio, una construcción de la época fascista, con el yeso descarapelado y sobre cuyo portón se leía VINCERE.

Al otro lado de la plaza había una persona de pie, un joven con un periódico en la mano.

Los esperaba.

10

El abogado era hijo de un amigo de su padre. Hacía poco que había abierto su despacho arriba de la oficina postal —había una placa de latón con su nombre—, y vestía un traje color crema y corbata color verde.

Estaba de pie a la sombra de la cortina del bar Vittoria y los saludó con el periódico enrollado en la mano. Le hizo a su madre una señal de que esperara y atravesó la plaza a paso veloz.

Se parecía al asegurador que pasaba a la casa una vez al año con la bolsa llena de papeles, pero era más delgado y joven. El asegurador tenía la barba castaña. En cambio, este estaba rasurado y, como él, antes de hablar, se aclaraba la garganta con un ataque de tos.

—Buenos días, señora, y buenos días, Matteo. —Tenía la frente sudada, el nudo de la corbata le apretaba y le arrugaba el cuello.

—Matteo, déjale el lugar y pásate para atrás —dijo su madre.

—Qué calor —continuó el abogado—. Hace falta aire. Es el verano más caliente del siglo —jadeó.

—Mucho calor.

—Es el cambio climático. Tenemos que acostumbrarnos.

—Acostumbrarnos.

El estacionamiento estaba vacío y, sin embargo, para salir su madre maniobraba concentrada, con el rostro muy pegado al volante, como cuando llovía.

—Acostumbrarnos o resignarnos, da lo mismo. El problema es nuestro. El problema es el hombre.

—El hombre.

—Sí, somos una plaga. Y ahora el mundo cambia, señora, y no nos espera.

—No, nadie nos espera.

—Somos espectadores, no nos queda otra.

—Nadie cambia.

—Pero, en el fondo, a quién le importa.

—Cierto. A quién le importa.

—A estas alturas, sin hacer las cosas más grandes de lo que son, yo me adapto al ambiente. Quiero decir, si hace calor, me desnudo. Y si hace frío, me abrigo. De nada sirve quejarse sin encontrar la solución. Hay que actuar. O mejor, reaccionar. ¿Me entiende?

—De nada sirve.

—Sirve solo para amargarnos, no para cambiar el clima. Es decir, toda esta discusión ¿adónde nos lleva? ¿Adónde nos lleva hablar?

—No, no sirve para nada, solo para amargarnos el día. Tiene razón. —Tomaron la calle principal—. Amargarnos… tal vez…

—Si hace calor, digo yo, vamos al mar. ¿Entiende qué quiero decir? Yo pienso positivo. Si tengo hambre, como. Si tengo sed, duermo.

—¿Sed?

—Es decir, usted me entiende, quería decir sueño. Si tengo sueño, duermo.

—¿Perdón?

—No, quiero decir… ¿Me entendió? Nosotros nos tenemos que adaptar, no la naturaleza ni la sociedad. Yo pienso positivo, como dice la canción. ¿La conoce?

Parecía como si fuera a cantar el estribillo, pero su madre continuó.

—¿Qué cosa?

—Hablaba de quejarse, que de nada sirve. ¿Me sigue?

—Yo no me estaba quejando.

—No quise decir eso. No, señora.

—¿Entonces?

A su izquierda apareció el edificio de la escuela secundaria. Detrás de un árbol, tal vez un tilo, se distinguía el salón de Matteo.

—Quería decir que amargarse la vida no resuelve las cosas.

—Usted dice que no debería quejarme. ¿Eso quiere decir?

—No, señora, créame que…

—La vida va así ¿y yo debería quedarme callada? ¿Acaso debo decir que es maravilloso? ¿Eso quiere decir?

El abogado volteó hacia Matteo y lo miró con una sonrisa forzada, como buscando aprobación, aunque fuera solo un niño.

—Quisiera que al menos hoy estemos tranquilos, ¿verdad, míster? Solo eso. Todo saldrá bien y las cosas se acomodarán. Espero que me entienda, hablo de buena fe.

—¿Qué?

—Buena fe. Digo que hablo de buena fe.

—Claro, de buena fe, aquí todos hablan de buena fe. Pero ¿qué cambia?

—Algo, al menos —continuó el abogado.

—Sí —repuso su madre.

—Oye, tú. ¿Cómo te sientes, míster?

El abogado volteó de nuevo hacia él, el cinturón de seguridad le apretaba el cuello y lo aflojaba con los dedos. Tenía la frente sudada.

«Mal».

—Bien —respondió Matteo.

—Señora, ¿está más tranquila, ahora?

—¿Tranquila? Claro, estoy muy tranquila.

—Lo que quiero decir es que ahora que nos entendemos, ¿está mejor?

—¿Yo?

—Sí.

—¿Me pregunta si estoy mejor?

El abogado tosió y se aclaró la voz.

—Sí —dijo.

—Claro, estoy de maravilla.

—No quería ser imprudente, quería dar mi punto de vista, ¿no? Al final, quién puede decir qué pasa por la cabeza de un juez, entonces ¿qué cambia? Es necesario usar la psicología con ellos, y confiar en que ejercemos la profesión como se debe. Confiar en quien la representa, quiero decir. Aquí estoy, señora, y he visto de todo y nunca he perdido una causa. —Asintió, como solía hacer—. No debería decirlo, pero todos lo saben, señora, y usted tan solo debe estar tranquila, y dejar que yo me haga cargo. ¿Entiendes, míster?

Después de la glorieta, entraron en la recta y se encontraron detrás de una camioneta de leche que avanzaba lentamente; era vieja y estaba oxidada. La placa, asegurada con un cordón, bailaba en cada salto.

—¿Quiere saber si en realidad estoy tranquila?

—Sí.

—¿Piensa que puedo estar tranquila?

—Debería, véame a mí.

—Muy bien, esta es la respuesta: ni siquiera sé si estoy tranquila, aunque quisiera creer que sí… Dios mío…

La camioneta de leche frenaba, aceleraba y avanzaba a trompicones como si se le estuviera terminando la gasolina.

—¿Ves, Matteo? Mira bien.

Matteo no sabía qué ver y entonces lo miró a él, al abogado, a sus ojos pequeños y distantes, y pensó que estaban vacíos.

—El otro día, por una camioneta como esta, murió una muchacha de quince años. ¿Te parece justo, míster?

—Sí —repuso Matteo.

—¿Sí?

—Es decir, no.

—Ah, eso.

—No —repitió, feliz al ver regresar el ala delta. Allí estaba. Volaba en cámara lenta por encima de los cables de alta tensión, nadaba sobre el mar amarillo y se hacía pequeña a la distancia. Habría querido estar allí arriba, ligero, dejándose llevar por el aire, y mirar el mundo desde lo alto.

—El problema son los ancianos al volante —continuó el abogado—, no los estragos del sábado por la noche. Las drogas, el alcohol, las fiestas… Puras invenciones de los diarios, así esconden la verdad. ¿Entiendes, Matteo? Nos dicen lo que les conviene. Nos tratan como estúpidos.

El ala delta se había convertido en un puntito, una mosca lejana en el cielo. Era pequeño y, dentro de poco, desaparecería.

Por suerte sonó el teléfono del abogado, con el tono del «Himno a la alegría». Se aclaró la voz y se puso serio.

—Diga —respondió. Ahora tenía la voz precisa.

—¿Cómo estás? —le preguntó su madre.

«Mal».

—Bien.

—Tienes que estar tranquilo, Matteo.

—Sí, mamá.

El abogado hablaba, cambiaba de tema, asentía, contradecía a su interlocutora y un instante después se ponía manso de nuevo. Ese era su trabajo.

Matteo pensaba en las palabras. Siempre le había parecido que eran más profundas que las cosas reales, pero ahora entendía que algunas palabras no querían decir nada, eran tan solo aliento, voz sin nada dentro.

Así eran las palabras del abogado. De un instante a otro podía sustituirlas por otras y nada cambiaría. Podía pronunciarlas y luego olvidar.

En un momento dado, el abogado cambió de tono y se puso todavía más serio. Luego volvió a estar alegre.

—¿Puedo? —murmuró hacia mamá, haciendo una señal con la mano para abrir la ventanilla, pero su madre no lo escuchó y no respondió—. ¿Puedo? —repitió.

—¿Qué cosa?

El abogado ya había bajado la ventanilla y el aire cálido acariciaba a Matteo en el rostro.

Por fortuna, el olor del grano era más intenso que nunca. Se sentía en casa y trató de disfrutar la fragancia sobre la piel, una mezcla de hierba seca y sal de mar.

Su madre frenó bruscamente para no chocar con la camioneta que se detuvo a media calle.

El abogado aprovechó para terminar la conversación y devolver el teléfono a su bolsillo.

—¿Ve? —retomó su tono—. ¿Ve que nunca me equivoco?

—¿Qué?

—No, decía, ¿lo ve?

La camioneta reemprendió la marcha, se dirigió a una calle lateral y ante ellos se abrió el camino vacío.

La pradera estaba inmóvil y la carretera era una banda recta salpicada de espejos de luz como en el desierto. Cuando se acercaban, desaparecían. Finalmente reapareció el ala delta, venía hacia el auto, pasó sobre ellos como si los saludara y después desapareció del otro lado, entre las colinas.

El abogado se acomodó en el asiento, con un dedo se ajustó el cuello y continuó.

—¿Qué cosa? —dijo su madre.

—Nueve millones de juicios suspendidos. ¿Cree que un juez leerá todos los papeles que llegan a su escritorio?

Miraba a su madre como se mira a alguien digno de compasión, tal vez de indiferencia o lástima. Matteo nunca había visto una mirada así.

—¿No? —continuó ella.

—A los abogados siempre les toca el trabajo sucio. ¿Te molesta el aire, Matteo?

—Todo es horrible.

—Podrido, señora, con todo respeto. —Hizo una pausa, satisfecho por su respuesta, pero no pudo resistir y arremetió de nuevo con su voz monótona, una voz que parecía succionar todo—: A propósito, ¿sabe que mi padre me habla con frecuencia de su marido?

—¿Qué?

—Le decía que mi padre a veces me habla de él.

—¿Quién?

—Mi padre. Dice que su marido le enseñó muchas cosas.

—¿Eso dice?

—Sí. Y también le envía sus saludos, le dije que usted es mi cliente.

—¿Qué le enseñó?

—No lo sé. Que cuando se metía una cosa en la cabeza, no cambiaba de idea.

—¿Y eso es un cumplido?

—Era un hombre especial, su marido, quiero decir.

—¿Eso dice su padre?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. Y luego, ¡bum! De repente… Estás aquí y un instante después ya no estás. Espero que no

haya sufrido.

Las primeras viviendas, las naves industriales. El aire se tornó caliente por los autos, los motores, el asfalto. Ya no se sentía la brisa del mar o de la pradera, aire sin aire, hecho de esmog.

Rebasaron una bicicleta conducida por un chico con su mochila.

—Dé vuelta aquí. —El abogado rio para sus adentros sin motivo—. Ya casi llegamos.

Con los dedos le hizo a Matteo la señal de *okay*.

—¿Todo bien, míster?

—Sí.

—Quiero decir, ¿estás listo?

—Sí.

—La vida, señora, es decir, la verdad es que pendemos de un hilo.

—¿Y entonces?

—Nada, estamos aquí y un segundo después…

—¿Qué quiere decir?

—Deudas.

—Sí.

—Desastres que no se pueden imaginar.

—No, no se pueden imaginar.

—He visto familias destruidas por deudas y quiebras.

Su madre sacudió la cabeza para asentir.

—Aquí, gire aquí, ya casi llegamos, paciencia.

—¿Aquí?

—Sí, después del letrero, de la señal de «Prohibido estacionarse».

—No comprendo.

—Yo veo solo desastres, señora, ¿comprende? Lo que quiero decir es que mi profesión me muestra lo peor, y lo que he aprendido es que lo que importa es dejar un bello recuerdo. Ya llegamos, baje la velocidad. Despacio, despacio… Nada de cheques sin fondos… pagarés… deudas… quiebras… Cuando uno muere, debe dejar las cosas en orden para los demás. ¿Comprende?

—¿Por allá?

—Sí, llegamos.

Se quedó en silencio durante un par de segundos.

—Tranquilo, míster. Media hora de teatro y volvemos a casa.

Volteó para ver la calle y le guiñó un ojo a Matteo.

—Pero, en el fondo, ni siquiera esto es verdad… No se entiende qué es lo justo —consideró—. Aquí, entre por esa calle de allí atrás… Eso, señora… Despacio… Trescientos metros y llegamos. ¿Me equivoco?

—¿Qué?

—Nada. Preguntaba si está de acuerdo.

—Sí. Pero no entendí la pregunta.

—Aquí, por acá, señora, entre por ese portón.

—¿Por ese?

Su madre se estacionó en el gran patio delante del edificio anaranjado, al lado del jardín con los columpios, las resbaladillas y una casita de plástico de colores.

Pegadas a las ventanas arriba de las escaleras, unas golondrinas de papel volaban sonrientes

detrás de nubes de algodón.

—No tengas miedo, míster. Aquí estoy.

Apenas bajaron del auto, su madre lo abrazó como si estuvieran despidiéndose a causa de un largo viaje.

—Mi niño —dijo.

El abogado le dio la mano.

—Espera. —Su madre lo abrazó de nuevo. Le acarició el cabello—. No tienes nada de qué preocuparte —repetía—. Aquí estoy. Aquí está el abogado.

—Sí, mamá.

Lo estrechó.

—Eres mi niño, y nadie te hará ya nada.

—Sí, mamá.

—Quiero que sepas que no me moveré de aquí.

—Sí.

El abogado miraba su reloj.

—Señora —dijo—, no debemos hacerlos esperar. Ya sabe cómo son.

—No, no sé cómo son… Ya no sé nada…

Apoyó las manos sobre los hombros de Matteo y se puso de rodillas:

—Matteo —dijo—. Matteo mío. Sé valiente.

—Sí, mamá.

—Están allí para ayudarnos.

—Vamos ya. Disculpe, señora.

El abogado le dio de nuevo la mano.

—Máximo media hora, señora, espérenos. ¿Vamos, míster?

Atravesaron el estacionamiento con pasos mesurados y lentos. Mientras subían las escaleras, a Matteo le vino a la mente la tarde en la presa cuando quitaba pedazos de gusano y el anzuelo de la boca del pez, y podía decidir sobre su vida y sobre su muerte.

Una vez que subieron las escalaras, el abogado lo detuvo delante de la puerta. Las golondrinas pegadas en el vidrio sobre las nubes le provocaron una sensación de malestar. Por la manera en que estaban dibujadas, parecía que las nubes las sofocaban.

—Oye —dijo—. No me parece que le haya dicho cosas tan complicadas a tu madre ¿no crees?

—No —repuso Matteo, pero no entendía de qué estaba hablando.

—Creo que está un poco nerviosa. Bueno, dejémoslo. Ahora tenemos cosas más importantes, comienza el espectáculo, míster.

Agarró la manija de bronce y abrió con fuerza la puerta de vidrio.

Un rechinido, como el del gis sobre un pizarrón. Seguro había una piedrecita entre la puerta y el suelo, pero el abogado no la escuchó.

11

El recepcionista era un anciano con un aparato en el oído y espesas cejas blancas. Escribía en el teclado de la computadora con el índice de la mano derecha.

El abogado tocó con los nudillos el vidrio que los separaba y señaló a Matteo. El recepcionista lo miró, pero no se veían sus ojos, solo el reflejo azul del monitor contra sus lentes. Apretó el botón del interfono y se acercó al micrófono.

—Está aquí el *menor* —balbuceó.

Luego regresó a sus teclas, lento, para no equivocarse, una letra cada vez.

—Sí, y también está aquí el abogado.

El abogado lo miró con una sonrisa de suficiencia y luego leyó algo en su teléfono celular.

—Virgen santísima —dijo, bajando el volumen del timbre.

El salón que se abría ante ellos estaba vacío. En los muros había grandes hojas dibujadas por niños: paisajes, casas, montañas iluminadas por un sol sonriente, un barco pirata con la bandera negra y la calavera. La puerta de vidrio por la que acababan de pasar también estaba tapizada de dibujos. Flores, mariposas, ositos, animales y plantas con grandes ojos y mejillas coloradas.

Además de los dibujos, vio a su madre, recortada en el espacio entre un hongo y una catarina gigante. Estaba de pie delante del auto. Sola en el estacionamiento vacío se veía más pequeña. Se estudiaba las manos como solía hacerlo, observaba las puntas de los dedos, luego alzaba los ojos al cielo y suspiraba.

Un breve rechinido. Se abrió una puerta al final del corredor.

—Empieza el baile —soltó una risita el abogado—. No me decepciones, míster. Esto es en serio.

Era una psicóloga, una mujer de treinta años que se llamaba Giuditta, la conocía un poco. Era bajita, con las piernas gordas y los ojos siempre en movimiento.

La primera vez que Matteo se topó con ella, le preguntó cuál era su equipo favorito y qué programa de televisión le gustaba. Tenía que hacerles las mismas preguntas a todos los niños, sonreía como si fuera su amiga, aunque nunca los hubiera visto.

Ahora se acercaba con pasos cortos, buscando en el interior de una gran bolsa de donde salían paquetes de hojas. Los saludó a pocos metros de ellos.

—Buenos días, abogado; buenos días, Matteo.

—Buenos días —repuso Matteo.

—¿Cómo estás hoy? Te veo bien.

—Sí.

Siempre iniciaba con halagos. Se puso de rodillas y le colocó una mano en el hombro. Era una mano delicada.

—Entonces, ¿cómo estás?

—Bien.

—Perfecto, Matteo, me da gusto oírlo.

—Sí.

—¿Qué has hecho esta semana?

—Nada.

—¿Y la pesca? ¿Cómo te fue de pesca?

—No fui.

—¿No?

—No.

—Ay… Tal vez es mejor así, ¿no? En el fondo siempre pienso en los pobres peces, quién sabe cuánto sufren.

—Pobrecitos —confirmó el abogado.

—Siempre pienso en los animales, ¿y tú?

—No.

—Una vez que los pescas, ¿te los comes?

—Los devuelvo al agua.

—Muy bien, así viven.

—Sí.

—Debemos respetar la naturaleza. Nos enseña a respetarnos a nosotros mismos, ¿comprendes, Matteo?

—Sí.

—Es importante que ante todo nos queramos a nosotros mismos.

El abogado estaba de acuerdo con cada una de sus palabras.

—Nos queremos a nosotros mismos, ¿verdad, Matteo? —preguntó.

—Un día me enseñas a pescar —lo interrumpió con delicadeza la psicóloga—. ¿Te gustaría? Yo miro y nada más.

«De nada sirve».

—Sí.

—Nos sentamos con la caña en mano y me cuentas qué es lo que te pasa por la cabeza.

Siempre eran los mismos discursos: la pesca, la música, su padre. Le interesaba eso.

—¿Hoy estás tranquilo?

—Sí.

—Bien, debes estar tranquilo. Con nosotros, siempre debes estar tranquilo.

—Sí.

—¿Y entonces?

—¿Qué?

—Nada, quiero decir, entonces, ¿cómo te va?

—Bien.

—Entonces vas bien, quiero decir, ¿con la pesca y la música?

La pregunta de siempre.

—Sí.

—Muy bien, Matteo, nunca dejes tus pasiones. Son las pasiones las que nos ayudan en momentos difíciles. Ay… —se interrumpió—. Ay, ya está aquí la jueza.

Se puso de pie de inmediato y le hizo un guiño a Matteo.

—Ahora nos ponemos serios —bromeó.

12

La jueza salió por una puerta de madera que estaba justo al lado de la recepción.

La azotó como si estuviera enojada, pero, por otra parte, parecía que sí lo estaba. O tal vez no estaba enojada, sino que ese era su modo normal de vivir, siempre con la boca chueca y los ojos entrecerrados, típicos de quien tiene problemas que resolver. Seguro era así, ya que se ocupaba de los problemas de los otros.

Caminaba sofocada, quizá por el calor, quizá por ella misma, y también por el cansancio de ese trabajo que no terminaba jamás.

Usaba unos anteojos delgados, en rosa y amarillo, los cuales atemorizaban tanto a Matteo que una noche soñó con ellos. Los lentes estaban por doquier, y detrás estaban los ojos. Se habían escondido en cada rincón de la casa y no había posibilidad de escape. Él se había escondido dentro de un ropero, con el corazón a punto de estallar, y cerró las puertas, pero esos anteojos se materializaron en la oscuridad, en la pared, y se hicieron enormes. Lo habrían encontrado en cualquier parte.

—Buenos días, Matteo —saludó la jueza.

El abogado le tendió la mano, sonriendo.

—Licenciado —dijo la jueza.

—Matteo, qué gusto verte. ¿Tuviste un buen camino?

—Sí.

—Ya estamos aquí. —Se acomodó la falda a la altura de la cintura—. Bueno, Matteo, ¿estás listo?

—Sí —respondió el abogado en su lugar.

—Le pregunté al menor —puntualizó de inmediato la jueza.

—Claro —se excusó el abogado.

—¿Y bien?

Matteo miraba al abogado para ver qué tenía que responder.

—Vamos, respóndele a la señora jueza, Matteo.

—No serás tímido —dijo la jueza.

—No.

—Entonces, ¿te cortaron la lengua?

—No.

—Mira que estoy de tu parte.

—Sí.

—Entonces, ¿estás listo?

—Sí.

—¿Te parece que conversemos? ¿Entre amigos?

—Sí.

—No hay problema.

—No.

—Nos encerramos en esa sala, estamos solos todo el tiempo que quieras sin que nadie nos

moleste y hablamos de todo sin problemas.

—Sí.

—Porque aquí no hay ningún problema.

—No.

—Aquí estamos nosotros.

—Sí.

La psicóloga le acarició la cabeza de tal forma que lo hizo pensar en su madre.

—¿Listo? —prosiguió la jueza.

—Sí.

—Por favor, habla más fuerte, Matteo. Debes decir «sí» o «no». Es fácil.

La jueza sonrió como si le estuviera haciendo una broma. Tal vez no era una broma y ella era así.

—Sí.

—La verdad, es muy simple, Matteo.

—Sí.

—No existen cosas complicadas. Y si existen, nosotros las hacemos simples. Para eso estamos aquí.

—No.

—¿Cómo que no? Tal vez quisiste decir que sí.

—Sí.

—Muy bien. Comencemos.

La jueza miró el reloj, suspiró por algo incomprensible.

—Abogado, ¿usted nos espera allí? —dijo. Le indicó un salón con sillas de plástico de colores para niños—. Haga lo que guste.

—Ve, míster —le dijo el abogado.

La psicóloga apoyó una mano en su espalda y juntos se encaminaron al gran salón con dibujos en las paredes. Era una mano cálida y le gustaba sentirla.

—¿Alguna novedad sobre el otro caso? —continuó la jueza. Tal vez hablaban de otros niños como él. Quién sabe cuántos veían cada día. O tal vez hablaban de él, de algo que no debía saber.

—Sí —repuso la psicóloga—. Ya estamos aquí, Matteo.

—¿Novedades buenas o malas?

—No son muy buenas.

La psicóloga abrió la puerta que tenían a la derecha y lo hizo entrar.

—Llegamos, entra por favor. Sí, señoría, hay noticias, pero aún no tenemos una resolución. La dinámica no es clara.

—¿No?

—No.

—Y ¿qué esperan?

—Es que…

—Tienen que darse prisa. Esto me está cansando, ¿entiende? ¿Tengo que girar una orden judicial? ¿Soy siempre yo quien debe exponerse?

—Sí, señoría. Lo haré.

13

La Sala de las Palabras era un lugar que tenía una gran mesa blanca al centro, donde había dos micrófonos y una vasija con dulces. En una pared, un librero semivacío, y al lado de la ventana, tres grandes cestos con juguetes subdivididos por tipo de niños: pequeños, medianos y grandes. Peluches, Lego y superhéroes.

—Ya estamos aquí —comenzó la psicóloga. Siguió a la jueza al otro lado de la mesa y le pasó un caramelo a Matteo—. ¿Cómo va tu verano, Matteo querido?

Siempre empezaba así, una frase como cualquier otra para romper el silencio del modo más inocuo posible, una pregunta sobre las vacaciones, y Matteo se dijo que no había necesidad de ello, a fin de cuentas ya habían entrado en el mundo de las palabras nuevas, esas que mantenían alejada la vida verdadera y donde no había lugar para paisajes, árboles, maíz y colinas. Ni para la pesca en la presa ni tampoco para la música. Mucho menos para el ala delta.

«Mal».

—Bien.

—¿Te diviertes?

«No».

—Sí.

—Muy bien, Matteo.

—¿Sigues yendo a pescar?

«Poco».

—Sí.

—¿Te gusta pescar? Hablábamos de eso hace rato. Pescabas con papá, ¿verdad?

«Sí».

Sí, ya habían hablado de eso, iban a pescar cuando su padre estaba vivo. Pero no solo eso: juntos exploraban el bosque, trabajaban en el campo, paseaban en el camión y en el tractor.

—¿Estás listo? —preguntó la psicóloga. Siempre tenía ese tono materno cuando hablaba con él.

«No».

—Sí.

Tenía un micrófono delante de él y allí estaba, y tenía que hacer lo que ellas querían. Y tratar de dar las respuestas correctas.

—¿Qué dijiste? —La jueza se inclinó hacia él—. No se escucha. Habla más alto.

Le hizo una señal a la psicóloga, quien se levantó rápidamente y acercó el micrófono a Matteo.

—Recuerda que cuando no quieras hablar, basta con que nos lo digas y hacemos una pausa. ¿Quieres un dulce?

«No».

—No.

—Empezamos. Matteo, cuéntanoslo todo.

Para contarles *todo* habría tenido que comenzar por la época de los ensayos en el patronato, por el cansancio, por el estudio de la música en casa y por sus dedos que parecían de madera, y

por qué no lograba hacerlos tocar como quería. Por la frustración, por el miedo y por la debilidad. Por el hecho de que se sentía inútil para la música y que nunca sería como los otros chicos de la banda, porque para ellos tocar era sencillo y sus dedos volaban sobre los instrumentos. O tal vez tendría que hablar de los paseos con su papá en las colinas, del tractor, de la presa, pero no comprenderían, para ellas no era importante; consideraban esos recuerdos como una pérdida de tiempo. Por esto no había contestado.

—Acuérdate de hablar más fuerte que la vez anterior, Matteo. ¿Te molestan los micrófonos?

«Sí».

—No.

La psicóloga abrió la bolsa y colocó los dibujos de Matteo sobre la mesa. Era extraño, porque él ya no dibujaba así, con todos esos colores. Ahora solo hacía los contornos para representar a las personas.

Mientras tanto, miraba el micrófono y pensaba que nunca podría convertirse en un cantante; se lo decía riendo el padre, y tenía razón, aunque lo dijera de broma. Decía que los cantantes tienen el privilegio de usar el cuerpo como instrumento. Ahora comprendía esa frase.

—¿Todo bien?

«No».

—Sí.

—No debes tenerme miedo.

«Sí».

—No.

La psicóloga tomó uno de los dibujos del montón y se lo mostró a la jueza. Señalaba las manos y explicaba su significado. Para ella era muy importante que las hubiera dibujado de ese modo. Mostraba el árbol, las raíces y la copa. Señalaba el tractor, y que arriba de él había solo un niño.

La jueza alzó los hombros, el último gesto antes de encender la grabadora.

—Cuéntame todo, Matteo. De nuevo, desde el inicio. Háblame de tu familia.

Su familia, siempre se comenzaba por allí, después de las preguntas sobre los dulces. Y él empezaría como querían y diría que su familia había sido muy unida, pero que después de la muerte de su padre las cosas habían cambiado. Cambió él y cambió su madre, que estaba siempre cansada, desganada y que todo le costaba mucho trabajo: vestirlos, hacer la comida, ir de compras, limpiar la casa, pagar las cuentas. Cuidar de él y de Clarissa se había vuelto una carga demasiado pesada para ella, y lloraba siempre. Al menos estaban los abuelos, para ellos todo era fácil; es más, desde que faltó su padre, parecían rejuvenecidos porque podían hacer lo que querían sin pedir permiso.

—En casa somos tres —repuso Matteo.

No había nada más que decir. Su cabeza estaba en blanco como en los interrogatorios de la escuela. Cuando se ponía de pie, se sentía avergonzado de estar en medio de la clase donde todos lo miraban y él no escuchaba nada y no sabía decir nada, aunque hubiera estudiado.

—Eso ya lo sé —dijo la jueza—. La otra vez me contaste que tienes una hermanita, ¿cierto?

—Sí.

—Y ya terminaste la primaria.

—Sí.

—Dime cómo te va en el salón de clases. La otra vez decías que no te sentías muy bien.

—Sí.

No, en el salón no se sentía muy bien. Los niños lo trataban como a un estúpido y lo

molestaban porque era torpe y no sabía defenderse. Lo llamaban Gordinflón, aunque no estaba gordo, pero le tenían que poner un apodo. O bien, le decían Bacinica, por el corte de pelo que le hacía su madre.

—No.

—¿Qué? Habla más fuerte, Matteo. Te lo pido por última vez.

—Dije que no.

Era difícil hablar si la jueza lo miraba con esos ojos de los que no sabía defenderse. Le parecía que siempre contestaba de forma errónea. Era más difícil porque le parecía que los ojos de la jueza lo conocían ya, y comprendían verdades que le correspondían y que ni siquiera él mismo sabía. No podía escapar de la jueza. La jueza lo sabía todo.

—No, no me siento bien en el salón —dijo en voz baja porque le estaba regresando el dolor de estómago y también las náuseas y esa sensación oprimente de nulidad, de ser una persona mala que no merecía nada.

—Me decías que hay compañeros irrespetuosos.

—Sí.

—¿Y cuáles son las faltas de respeto que cometen?

Era inútil.

—¿Quieres hablar, Matteo? —lo ayudó la psicóloga.

No, no quería hablar, pero tenía que hacerlo, su madre esperaba afuera, el abogado estaba en el saloncito, todos estaban allí por él, y no podía hacer otra cosa si es que quería volver a casa; no había alternativas, y por lo tanto hablaría, aunque ellos no escucharan las palabras, sino otra cosa, el tono de la voz, tal vez su postura en la silla, ciertas pausas entre un tema y otro. ¿Quién podía saberlo? Nadie sabía qué era lo que pensaban ni qué cosa buscaban. Sabían que él ni siquiera sabía, y no tenía sentido esforzarse por decir la verdad porque ellos la conocían, se trataba solo de terminar pronto y de ir a casa. Pero era importante no cometer errores y dar las respuestas correctas.

—¿Qué groserías te hacen, Matteo?

«Muchas».

—Me avientan el líquido para los dientes. —Luego lo empujaban, mientras salían al recreo le metían el pie, le daban palmadas por detrás, en el cuello, y él tenía que adivinar quién había sido. Querían hacerlo llorar y solo se detenían cuando veían las lágrimas.

—¿Líquido para los dientes?

—Sí.

—¿Se lo hacen a todos?

—No.

Ahora tenía que dejar de pensar.

—¿Te lo hacen solo a ti?

«Dejar de pensar».

—Sí.

—¿Y por qué te lo hacen a ti?

Le faltaba aire.

—No lo sé. Si me defiendo, son más malos, entonces dejo que lo hagan hasta que se cansan.

Malos, respuesta correcta. Las dos mujeres parecían aliviadas cuando dijo esa palabra: *malos*. Era una palabra tranquilizadora, porque en el mundo existían los buenos y los malos, no había otras posibilidades. Le estaba yendo bien. Era muy necesario que hubiera malos para poder

comprender quiénes eran los buenos.

—Muy bien, Matteo.

—No tienes muchos amigos en clase.

—No.

La psicóloga le mostró a la jueza una frase escrita en su cuaderno de apuntes. La jueza sacudió la cabeza: no, no era interesante, y por otra parte nunca era interesante lo que decía la psicóloga, y la jueza se estaba impacientando con todas esas interrupciones, porque tenía prisa. Era el momento de cosas serias.

—No tienes muchos amigos en clase, decías, y después de la escuela, ¿con quién juegas? ¿Practicas deportes?

Ningún deporte, lo había repetido mil veces, a él le gustaba la música y la pesca.

«Ninguno».

—Jugué futbol, pero lo dejé porque no me gustaba.

—Y ¿qué te gusta hacer?

«Nada».

—Me gusta la música y pescar.

—Mmm… ¿Qué música?

Dejar de reflexionar. Hablar y nada más, tal como hacían ellas.

—Toda.

—¿Toda? ¿No hay alguna que prefieras?

«No».

Toda la música es bella, basta interpretarla bien. Eso era lo difícil.

—El rock pesado.

—¿Tú tocas, Matteo?

—Sí.

«Todavía».

—¿Qué tocas?

«Todavía».

—Los teclados.

—¿Dónde aprendiste?

«En la parroquia».

—En la parroquia.

—Bien. Hablemos entonces de esto. Cuéntanos de la música. Hablemos pronto y lo dejamos.

«Sí».

—Sí.

—Entonces, ¿qué pasó en la parroquia?

«Todo».

—No lo sé.

«Nada».

Era cierto, ya no lo sabía, los recuerdos se confundían y se amontonaban con los discursos escuchados y ya no podía distinguir la verdad de los discursos. Pero esto no estaba bien, no podía tener dudas, estaba allí para hablar y decir las cosas correctas. No aceptarían otra cosa.

—Haz un pequeño esfuerzo, Matteo.

Todavía más. Esfuerzos. Sin fin.

—Vamos.

—Conocí al padre hace dos años.

Allí estaba.

A eso querían llegar, y esas eran las palabras correctas.

—Hace dos años…

Sí, un día de julio, cuando su madre estaba más cansada de lo habitual. Cansada porque él nunca le ayudaba en casa y no hablaba, se iba a la presa a no hacer nada. Cansada de su hermana, porque tenía que criarla sola y porque la niña estaba devorando los que debían haber sido sus mejores años. Cansada de lo que la vida le había reservado sin pedirle permiso.

—¿Cómo lo llamaste?

—Padre. Se llama padre Andrea, pero nosotros lo llamábamos nada más padre. Lo conocí dos años atrás, en el campamento de verano de la parroquia.

—Mi hijo también va al campamento de verano. ¿Te gustaba?

Sí le gustaba, qué pregunta. Era lindo salir de casa y confundirse con los otros niños, ser como ellos, ser respetado y jugar como si fuera un niño normal, aunque ya no tuviera un papá.

—Sí. Y luego el padre me preguntó si quería tocar con la banda de la parroquia.

—¿Y tú?

—Yo le dije que sí y unos días más tarde fui al salón de los ensayos a escuchar. Durante los veranos los ensayos se hacían los miércoles.

—El padre, como tú lo llamabas, ¿tocaba?

—Todos los instrumentos, además de la batería.

—Mmm… La batería…

—Creó la banda y unos meses después también yo tocaba.

—¿Qué música tocaba la banda?

—Rock pesado.

—Qué bonito.

«Sí».

—Deep Purple, Jethro Tull, AC/DC… Era una banda de rock.

—¿Dónde estaba el salón de ensayos?

Dentro del patronato, en una vieja construcción de ladrillos, al lado de la iglesia, en la planta baja había una cafetería con futbolitos y *pinball*, y, en el pequeño almacén detrás de la cafetería, el padre aprovechó para hacer el salón de ensayos con todos los instrumentos. En el primer piso estaba su departamento.

—En un cuarto detrás de la cafetería. Habían insonorizado la habitación con cajas de cartón de huevo y se ensayaba los miércoles cuando el patronato estaba cerrado.

—Así no destrozaban los oídos de las personas —comentó riendo la jueza.

—Sí.

—¿También tocaban rock en la iglesia?

—No. En la iglesia tocábamos la música de la misa.

—¿Cómo te sentías en el grupo?

—Bien.

—¿Hiciste amigos?

—Sí. En las tardes, cuando el patronato estaba cerrado, nos reuníamos en casa de alguno de los chicos y estudiábamos las partes que no podíamos tocar durante los ensayos. Éramos una banda, eran mis mejores amigos y me enseñaron a tocar.

—¿Qué hacía el padre?

—Todo.

Elegía las canciones, los arreglos, la escaleta de los conciertos, pero sobre todo los ayudaba a convertirse en una banda y a tocar su propio instrumento, cada uno tenía que contribuir al sonido general. Eran una banda.

—Decía que, si quería tocar con la banda, tenía que aplicarme más que los demás porque comencé después.

—¿Y tú?

«Tenía miedo».

—Si no lograba tocar como quería, me daba palmadas en la cabeza.

—¿Palmadas?

—Sí.

—¡Ay, ay…! —Se sorprendió la jueza, aunque era la enésima vez que hablaba de eso.

—Cuéntame de esos golpes. ¿Te dolían?

«A veces».

—Sí.

—¿También les daba bofetones a los demás?

—No, ellos tocaban bien.

—¿Qué pensabas cuando te daba bofetones?

—No me gustaba. Él no entendía que no podía tocar como los otros en solo dos meses, y si se lo decía, me daba otro bofetón porque tenía que dedicarme más.

La jueza soltó una nueva risita.

—Una didáctica muy personal, ¿no?

¿Por qué se reía? ¿Qué sabía de música? Esto le molestaba: que hablaran sin comprender.

—¿Y entonces?

—Entonces se calmaba y decía que, si demostraba que me importaba la música, me daría un curso intensivo.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí.

Estaba cansado de las preguntas, de las palabras inútiles, de su tono y de su superioridad, pues eran adultos y hacían lo que querían.

—¿Entonces? —la jueza no le dio tiempo.

Entonces habló.

—Le decía que quería tocar con la banda y que me dedicaría con todo, y él se calmaba, me acariciaba y me decía: «Ya verás, Matteo», cosas así. A veces, cuando terminaban los ensayos con la banda, si todavía era temprano, y como para disculparse por los bofetones, me llevaba a la iglesia y me enseñaba. Piezas más difíciles, y mis dedos eran torpes; me daban ganas de llorar, pero no debía llorar, nunca logré llorar, ni siquiera en esos momentos. «La música no es cosa de señoritas», me decía el padre. Por el miedo, no podía recorrer el teclado con mis dedos y entonces me acariciaba el cuello, me decía que mirara cómo tocaba él y que lo imitara, se sentaba en el órgano y tocaba las piezas más difíciles de Schubert y de Haendel, y la música salía con fuerza por las flautas detrás del altar y, cuando terminaba, lo intentábamos juntos, tocábamos piezas de iglesia. Decía que así un día podría acompañarlo en la misa. Las piezas de iglesia no son difíciles, pero a veces me equivocaba en un acorde y él me daba un bofetón, por ejemplo, en el «Ave María» de Schubert. Esa nunca la pude tocar como él quería. Ensayaba en casa con el teclado

portátil, incluso antes de irme a dormir, siempre, por las noches, con el volumen al mínimo, pero no me salía y me ponía nervioso, y si le decía que había pasajes muy difíciles, alzaba la voz, me soltaba un bofetón, me decía que era un cabeza dura y su voz retumbaba entre las paredes de la iglesia. Se oía también el golpe y el eco no terminaba jamás. Yo me inquietaba porque sabía que nunca podría tocar el «Ave María». Me decía a mí mismo que no tenía talento y que era un tonto. Las manos me temblaban, comenzaba a sudar y no podía hacer nada; no había aprendido nada y sentía que él tenía razón, que era un cabeza dura y que nunca lograría tocar. El padre se calmaba cuando me veía tan inquieto. Me acariciaba la cabeza, el cabello, y me decía que no me preocupara. «Por hoy fue suficiente», decía, me apretaba con un brazo y repetía: «Tranquilo, verás que nos saldrá bien». Yo me calmaba y respiraba, pero estaba todo sudado. El padre me decía que estaba ahí para apoyarme y que solo Mozart había nacido con la música por dentro, pero ese no era el asunto, solo había un Mozart en toda la historia, y me hacía a un lado y me enseñaba. Se sentaba a mi lado y así yo podía ver mejor. Una vez me hizo que apagara todas las luces de la iglesia y que encendiera solo las velas del altar. Volví adonde él estaba, hizo que me sentara en sus piernas y apoyó sus manos sobre las mías, sus dedos sobre los míos, así lo seguía de manera directa y aprendía mientras tocaba. Al inicio me dio vergüenza, tenía miedo de que entrara alguien, algún chico de la banda, y que me viera así, como un niño sobre sus piernas. Había muy poca luz, pero el teclado se veía bien porque la luz sobre la partitura estaba encendida. Sentía sus manos sobre las mías, estaban un poco sudadas, y pensé que tal vez él también tenía miedo. Continuamos así un rato y luego me calmé y comencé a concentrarme en la música. Luego ya no pensé en nada. Era el «Ave María», parecía que era yo quien tocaba. Fue muy hermoso.

—¿Qué pensabas?

14

Pensaba en que, cuando salían con el tractor, su padre, para enseñarle a conducir, también lo sentaba sobre sus piernas y apoyaba una mano sobre la suya y movía la palanca. Y sobre todo pensaba que le daba vergüenza estar allí hablando con ellas de las cosas importantes que no podían comprender. Le daba vergüenza también cuando pasaba en bicicleta delante de la casa parroquial y veía, detrás del enrejado, el campo deportivo vacío y seco por el sol de agosto, y sabía que era por su culpa. Le daba vergüenza haber comprendido demasiado tarde el sentido de las palabras, y haber destruido todo con las suyas, aunque era lo último que habría querido hacer. «Las palabras», se repetía a veces, «están mal». Lo comprendió después de conocer a la jueza, con ella había experimentado un nuevo significado de las palabras, puesto que algunas tenían la fuerza de llevar dentro de sí algo irreversible, como un virus. Lo intuyó cuando Clarissa estaba a punto de nacer y su madre se puso mala, y su padre, para tranquilizarlo, le mintió.

«Las palabras tienen dos caras, una visible y una escondida», porque todo es doble y no podemos hacer nada. En especial, se avergonzaba de haber entendido, solo después de haber entrado allí, que ciertas palabras y ciertas frases y ciertos discursos de los adultos tenían un sentido definitivo, que no daba lugar a interpretaciones, a reparaciones o a cuidados, porque el sentido se quedaba incrustado en quien las había dicho, como una mole de piedra. Algunas palabras, no todas, al menos no todas las que usaban los adultos para que los niños los comprendieran, o aquellas que los niños adoraban imitar cuando hablaban con los grandes, pertenecían a un universo diferente y, hasta hacía poco tiempo, desconocido.

Antes había un mundo allá afuera. Estaban papá, mamá, la abuela, los profesores de la escuela, la directora, el presidente municipal, el párroco, el farmacéutico, el pediatra. Había personas que se quedarían para siempre en su lugar: en el dispensario, en el municipio, en la escuela y, sin importar cuánto pudiera enojarse o llorar un niño, ese mundo definitivo permanecería intacto. Existían el mundo y las palabras, y eran una misma cosa. En ese mundo también había niños, y los grandes estaban allí para ayudarlos a vivir sin comprender.

Pero después, violentamente, cambiaron las cosas, y fue por su culpa, y comprendió que no todas las palabras eran hermosas y ligeras como el viento, que había algunas que bastaba con pronunciarlas una sola vez para que modificaran para siempre la vida y el mundo, y determinaran el curso de las cosas y las personas. El mundo de los grandes estaba construido precisamente sobre estas palabras, como una casa hecha de ladrillos, y no tenían fecha de caducidad como las de los niños, que se podían olvidar al final del juego. No. Las palabras de los grandes eran *reales*. Garrotes de madera que golpeaban en la cabeza y sacaban sangre; cadenas que se ponían en el cuello de las personas peligrosas; tatuajes esculpidos en la frente con los que se marcaba a los malos haciéndolos reconocibles para todos. Eran las palabras del miedo y de la vergüenza. Eran las palabras que la jueza y la psicóloga querían que él dijera justo ahora, y no lo dejarían ir hasta que las pronunciara.

15

—¿Pensabas en algo?

—Sí. Me gustaba, pero no soportaba los bofetones. Y me incomodaba que pusiera su mano en mi cabeza.

—¿Y cuando te sentó en sus piernas?

—No me gustaba estar en sus piernas, pero me gustaba tocar así. Sentía que el padre estaba nervioso y no entendía por qué quería que tocáramos de ese modo.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿De verdad no lo sabes?

—Decía que así aprendía más rápido. Era su método y siempre funcionaba.

—¿Y tú qué pensabas?

—No me gustaba estar en sus piernas. Podría entrar cualquiera de la banda y no quería que nos vieran. Habrían pensado que yo era un niño pequeño. Y además estaban las luces tenues.

—¿Las luces tenues?

—Sí. Prendía la lámpara sobre la partitura y las velas del altar. Todas las demás luces estaban apagadas.

—¿Ibas solo a las lecciones en la iglesia?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Por qué ibas solo?

—Decía que era nuestro curso intensivo después de los ensayos con la banda.

—Y luego regresabas a casa en su camioneta, solo también.

—Sí.

—¿Y tocas todavía con la banda?

—No.

—¿Por qué?

—Ya no existe la banda.

—¿Ya no existe?

—No. Tocamos hasta febrero, cuando el padre vino a mi casa para aclarar las cosas con mamá.

—¿Qué cosas tenían que aclarar?

—Los bofetones. Mi mamá dijo que solo ella podía hacer esas cosas y no las personas que no conozco.

—Pero a él lo conocías.

—Sí, pero ella de todas formas no quería.

—¿Estabas también tú, esa tarde?

—Sí.

—¿Dónde estaban?

—En la cocina. Mi mamá dijo que solo ella podía tocarme.
—¿Por qué? ¿Él te tocaba?
—Me daba bofetones y me acariciaba.
—¿Te acariciaba?
—Sí.
—¿Cuándo te acariciaba?
—Cuando tocaba el órgano en la iglesia, o en la camionetita, antes de llegar a casa.
—¿Y tú qué pensabas de sus caricias?
—No sé.
—¿No lo sabes?
—No.
—¿Dónde te acariciaba?
—Por todas partes. En la cabeza. En la cara. En las piernas.
—¿Alguna vez le dijiste que no lo hiciera?
—Sí.
—¿Y él qué te decía?
—Nada.
—¿Te quería?
—Sí.
—¿Por qué lo dices?
—Porque siempre quería estar conmigo.
—¿Qué sucedió después? ¿Ya no fuiste a los ensayos a la iglesia?
—No. Después de que fue a mi casa a aclarar las cosas, lo sacaron del pueblo.
—¿Adónde lo enviaron?
—No sé.
—¿Te dio tristeza que lo sacaran del pueblo?
—Sí.
—¿Y por qué no seguiste tocando?
—Porque ya no existe la banda.
—¿No?
—La tarde que vino a hablar con mi mamá, les envió un mensaje a todos y dijo que la banda se disolvía y que ya no existía. Que hubo problemas y que la banda se disolvería para siempre.
—¿Sabes por qué lo sacaron del pueblo?
—Porque me tocaba.
—No entiendo.
—Porque me tocaba.
—¿Y entonces?
—Entonces nada. Entonces hacía falta aclarar esta situación.
—¿Quién dijo esa frase?
—Mi mamá.
—¿Sabes por qué ya no toca la banda?
—Sí. Porque el padre me hizo cosas.
—¿Quién te lo dijo?
—Yo lo comprendí solo.
—¿Lo comprendiste tú solo o lo piensan también tus compañeros?

—También ellos lo piensan.

—¿Hablaron de eso?

—No.

—¿Qué dicen de lo que pasó?

—Que, aunque hubo problemas, yo no debí haber hablado de estas cosas con mi mamá. Que debí haber hablado con ellos. Y que no hizo nada grave, que él era así.

—¿Piensan que es tu culpa?

—Sí.

—¿También lo dicen tus compañeros de escuela?

—No. Lo dicen los de la banda.

—Están enojados contigo.

—Sí.

—¿Y tú? ¿Piensas que es tu culpa?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé.

—No es tu culpa, Matteo.

—Sí.

—Mírame un momento, Matteo.

—Sí.

La jueza lo miraba y él vio sus ojos profundos y atemorizantes. Esos ojos con los que había soñado y que ahora lo habían encontrado.

—Hagamos una pausa —dijo la psicóloga.

—¿Qué cosa?

—Tomemos un momento.

—Mejor no.

—¿Quieres comer algo, Matteo? —La psicóloga se puso de pie, abrió el armario donde había galletitas y jugos de fruta—. ¿Quieres un jugo de fruta?

—No es el momento —dijo la jueza. Luego, dirigiéndose a Matteo—: Tú no tienes la culpa de nada.

La psicóloga le pasó una galletita de chocolate y él le dio un mordisco, aunque sentía náuseas.

—No tienes la culpa de nada—continuó la jueza—. Y ahora, ponte de pie y acércate.

—¿Me tengo que poner de pie?

«No».

—Sí.

—Haz lo que dice la jueza, Matteo.

«No».

Matteo se puso de pie y se acercó a la jueza.

«Por favor».

—Siente mi mano. ¿Te molesta si te hago caricias en la cabeza?

«Sí».

—No.

—Tienes que decir la verdad, Matteo.

—No. No me molesta.

Se sentía mal. Sentía que una pinza metálica le apretaba la panza.

«Basta».

—¿Y si te acaricio la cara?

«Sí».

—No.

—Si te acaricio los hombros y te acaricio la espalda, ¿te molesta?

«Basta».

—No.

—¿No?

—No, no me molesta.

—Debes decir la verdad, Matteo.

—No estamos aquí para juzgarte.

—Sí.

—Dime, Matteo, ¿qué diferencia hay entre estas caricias y las del padre?

Mucha. Las manos de la jueza eran frías y rígidas. Las del padre Andrea eran más delicadas, las movía siempre como si tocara un instrumento. O tal vez no había ninguna diferencia, no podía decirlo. Tal vez la jueza tenía razón, pero ahora Matteo no sabía nada, todo era igual.

—Ninguna.

—Sé sincero. ¿Mis caricias te molestan?

«Sí».

—No sé.

En realidad, hacía tiempo que todas las caricias lo molestaban, incluidas las de su madre. Le molestaba que lo tocaran.

—No te preocupes por lo que piense yo. No me ofendo. Mira, si ahora te rozo las piernas, luego el estómago, luego el rostro, ¿qué sientes?

—Nada.

—¿Sientes que te acaricio el estómago? ¿Qué sientes? Debes responder, ahora.

«Todo».

—Nada.

«Me da asco».

Esas manos gordas en su cuerpo parecían explorarlo, eran *asquerosas*.

—¿No?

—No.

—¿Qué diferencia hay entre una caricia mía y una del padre? Habla, Matteo, se está agotando el tiempo.

«Ninguna».

—Ninguna.

—Entiendo, Matteo. Te pido una última cosa, acércate más aún y siéntate en mis piernas.

No quería, pero la jueza se enojaría. Entonces obedeció, aunque le daban asco esas manos y esas piernas sudadas y bofas. Sintió el contacto de los grandes senos de la jueza contra su espalda, debían estar arrugados y caídos. Siempre había pensado en el cuerpo de la jueza como algo frío y muerto, tal vez enfermo, pero ahora era algo vivo, flácido, con una de esas enfermedades transmisibles, que se colaba en él y que lo haría enfermar, o, peor aún, haría que se volviera viscoso y repugnante.

—¿Ahora?

«Basta, por favor».

Tenía que buscar ayuda en la psicóloga, bastaría una sola palabra, una mirada. De vez en cuando ella lo ayudaba y lo sacaba de los embrollos. No esta vez. La hora de la ayuda había terminado.

—Sí. Siéntate aquí, ven. Muy bien, Matteo. Muy bien. Ahora yo te acaricio la cabeza con los dedos, te acaricio los hombros, te acaricio el estómago, te acaricio las piernas y te estrecho contra mí. ¿Qué efecto te hace?

«Asco».

—Nada.

—¿Nada?

—Quiero irme a sentar.

—Habla, Matteo. Ya no eres un niño, ¿qué efecto te causa? Es momento de que lo digas.

«Me dan ganas de vomitar».

—No lo sé.

—Debes decirme qué piensas. Debes esforzarte y hablar. Ánimo, Matteo.

«Basta».

—No lo sé.

Finalmente comenzó a llorar. Eso era ser débil. Necesitaba que su padre lo sacara de allí. Necesitaba el tractor con las cuerdas para sacarlo de ese fangoso pantano. Y un pico para excavar un foso en torno a él para que nadie pudiera alcanzarlo.

—Sí, lo sabes. Debes saberlo. Ya eres grande, habla.

—¿Qué debo decir?

La confusión, el dolor de estómago, la muerte de su padre, las caricias del sacerdote, el juego con los dedos del abuelo. El roble flotando sobre el mar de maíz. Todo era igual. Podría haber dicho cualquier cosa.

—Matteo, tienes que ayudarnos, no habrá una segunda oportunidad. ¿Así lo hacía el padre?

No. O tal vez sí. No sabía. Le habría gustado defenderse, pero no quedaba nada de qué defenderse. Harían con él lo que quisieran. Matteo estaba acabado, no existía nada detrás de ese nombre.

«Sí».

Entonces las manos de la jueza ya no se detuvieron, registraron su cuerpo, su piel, sin pudor, como si fuera todo suyo, de la jueza, como si no tuviera que pedir permiso, como si Matteo fuese un muñeco, un instrumento, una prueba sin voluntad, como si eso fuera un cuerpo y nada más, intercambiable por cualquier otra cosa o por cualquier otro cuerpo, y no Matteo. Matteo ya no existía.

—Sí.

—Sí. ¿De verdad? ¿Así?

—Sí.

—¿Y qué te hacía después?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

Era verdad. No lo sabía. No recordaba nada. ¿Lo había tocado? ¿No lo había tocado? Y si sí, ¿cómo lo había tocado? ¿Cuál era el límite en donde las caricias se hacían sucias? ¿Cuál era la frontera entre el afecto y la porquería? Los grandes tenían que poner límites, pero ¿por qué? ¿A qué le temían los grandes? ¿Qué había de malo?

—¿Te hacía así? ¡Responde!

Sus manos continuaban. Era todo suyo y ella podía hacer lo que quisiera. Y de hecho lo hacía. A Matteo le quedó la piel vacía y sucia. En cuanto llegara a casa se lavaría, durante horas, hasta que la suciedad se fuera.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Le faltaba el aire. La presión en el estómago era cada vez más fuerte y no lograba respirar. No lograba siquiera llorar.

—¿Lo sabes?

—Sí.

Había respondido a la pregunta. Había dicho «sí».

—¿Dijiste que sí?

—Sí.

«Sí».

—Bien, Matteo, y ¿luego qué hacía? Muéstrame con tus manos qué hacia el padre.

—Debes mostrárnoslo. Te lo suplico, Matteo, un último esfuerzo y terminamos.

Un último esfuerzo, todavía, despojarse de eso. Querían que no quedara nada de él, ni siquiera la piel, solo entonces lo dejarían. Pero Matteo no lograba mover los brazos. Eran de piedra.

—¡Enséñame qué hacía! —continuó la jueza.

Entonces Matteo se lo mostró.

16

La jueza y la psicóloga se relajaron e intercambiaron una sonrisa cómplice.

De un momento a otro, todo había terminado. La psicóloga miró a Matteo con una expresión que parecía materna, de una amiga o de una tía. Estaba aliviada, parecía decirle que había salido bien, que todo había terminado y que podía volver a ser el de antes. La jueza estaba concentrada, dejó escapar un suspiro y luego leyó algo en el teléfono celular. Frunció el ceño y escribió un largo mensaje.

—Perfecto —dijo—. ¿Cómo estás, Matteo?

—Bien.

—¿Tienes sed? ¿Quieres un caramelo?

—No.

—Anda, toma un caramelo, Matteo —insistía la jueza.

Tomó un caramelo de menta y lo masticó. No sabía dónde dejar el papelito y la psicóloga lo tomó.

—Anda, dámelo.

—Me parece que… —retomó la jueza. Le hablaba a la psicóloga con su tono apremiante—. Me parece que ya no quedan dudas, ¿no lo cree?

No era una pregunta, era su manera de hacer que le dieran la razón.

—Ya no.

—Por favor, apaguemos la grabadora ahora.

Empezaron a discutir entre ellas, comentaban en voz baja lo que acababa de suceder. La jueza quería la confirmación de la psicóloga y seguía haciéndole preguntas, no para discutir, sino porque quería estar segura de que la psicóloga pensaba lo mismo que ella.

Estaban muy concentradas y hablaban como si él no estuviese allí o como si su presencia no fuera importante. En la habitación, en un instante, la tensión había disminuido.

Se dijo que así eran las cosas en la Sala de las Palabras. Allí no había un antes y un después, como en la vida. Existía solo el momento en el que se encendía la grabadora, le hacían preguntas y él respondía. Lo demás, todo el mundo, quedaba fuera, eliminado u «olvidado», como habría dicho su padre.

En cambio, cuando la grabadora estaba apagada, esa era una habitación como cualquier otra, y las cosas eran normales y también las palabras eran normales.

Por eso la llamaban la Sala de las Palabras. Para que él dijera las cosas, de modo que esas palabras pudieran volverse definitivas para todos y nadie más pudiera fingir que no sabía. Desde ese momento, después de ser dichas, las palabras salían con la fuerza de una excavadora que arrasaba o de una enfermedad que contagiaba.

Matteo se había comido el caramelo de menta, que le había dejado un sabor fuerte y dulce. Ahora tenía sed, pero no quería pedir nada de beber. No quería interrumpir su discurso, pero, sobre todo, estaría bien mientras ellas lo ignoraran y no le pidieran nada.

De hecho, ahora ya no lo necesitaban, ya no les servía.

Hablaban despacio. En algunos momentos, susurraban con un hilo de voz y se ponían una

mano delante de la boca para que él no las escuchara y no viera el movimiento de los labios. Pero él estaba allí, cerca, del otro lado de la mesa, y lo escuchaba todo.

La psicóloga señalaba ciertos puntos en los dibujos de Matteo. La jueza miraba sin expresión el lápiz con el que la psicóloga indicaba trazos que no significaban nada para nadie, pero que para ella eran importantes.

La jueza soltó un suspiro y entrelazó los dedos sobre la mesa. Bufó detrás de sus ojos gélidos que parecían reír.

—Bien, bien, bien —retomó—. Ahora ya eres grande de verdad, muy bien, Matteo.

—Sí —confirmó la psicóloga.

—Ya eres grande y entendiste. Has sido muy valiente. Por eso, a partir de ahora podemos hablar contigo como se habla con un adulto —dijo la jueza.

Matteo no podía mirarla a los ojos. Miraba hacia la ventana que estaba detrás de ella, con la cortina mal acomodada que le dejaba ver un pedazo de cielo.

Pensaba en el ala delta, pero era imposible verlo desde allí, estaban demasiado lejos de los campos de maíz y de las colinas. Y, además, aunque pasara por allí, difícilmente habría surcado justo ese triángulo azul.

—Bien, bien.

Sabía que allí estaba, en alguna parte, y tal vez algún día volvería a verlo. Se imaginó andando en bicicleta debajo del ala delta. Él en la tierra, por los senderos en los campos, pedaleando veloz; el ala delta en el cielo por encima de él, siguiéndolo como una enorme cometa.

—Bien, Matteo, ¿me escuchas?

—Sí.

—No te distraigas, por favor. Te estoy hablando.

—Escucha a la jueza, Matteo —dijo la psicóloga, acomodando sus hojas sobre la mesa—. Un momentito más. Te pedimos un último esfuerzo.

Sobre la pila de dibujos estaba el anterior, donde él se hallaba solo en el tractor.

—Tal vez no debería decirte esto, Matteo —continuó la jueza—. Pero el padre, como lo llamas tú, ya no te dará bofetadas, y mucho menos te hará caricias.

—Está bien.

—¿Estás contento?

—Sí.

—Bien, entonces, sonríe a la vida, Matteo. ¿Estás contento? Quiero escuchar un *sí* bien fuerte.

—Sí.

—Muy bien, así me gusta.

—Sí —dijo la psicóloga también—. Imagino tu estrés emocional, pero debes saber que era muy importante para nosotros. Y también será muy importante para ti, en tu vida, si lo sabes procesar. Pero aquí estamos para ayudarte y emprenderemos un trabajo de análisis.

La jueza la detuvo con una de sus miradas.

—Bue… —se excusó sonriendo—. ¿Qué estoy diciendo?

Tal vez quería decir que nunca se liberaría de ellas. Le habría gustado responder que no había necesidad, pero no era capaz de seguir hablando. Había agotado todas las palabras. La grabadora las había consumido. Como en ciertos juegos, cuando se terminan los puntos, ya no puedes hacer nada, no se pueden recuperar porque la partida terminó.

Cada vez que pronunciaba una palabra allí dentro, esta desaparecía y tal vez nunca más regresaría. Como los globos del parque de atracciones, cuando explotaban y ya. El aire se

confundía con otro aire y desaparecía en el cielo. En la mano solo quedaban pedazos de hule flácido que no servía para nada.

Estrés emocional, *elaborar*, *trabajo de análisis*. No entendía estas palabras, no podía entenderlas. Eran palabras de grandes y tal vez, después de todo, no significaran nada, ni siquiera para ellos. Palabras vacías repetidas en una habitación vacía por personas vacías. La grabadora lo había vaciado todo.

—Bien —retomó la jueza. Ahora tenía prisa. Cerró la agenda y se acomodó los anteojos.

Había otros niños, a los que debía escuchar y vaciar, que la esperaban. Quizás hacía esto para hacerlos felices.

—Bien, por hoy ya terminé y debo irme, cariño. Hay otro Matteo al que debo defender del otro lado de la ciudad. Muy bien. Hoy te hiciste grande.

Seguro era un halago.

—Sí —dijo él. Solo estas palabras tenían algo de sentido. Las más pequeñas. *Sí*, *no*, *no lo sé*, *gracias*, *adelante*, *nada*, *está bien*, *más tarde*. Estas eran las que quedaban.

La psicóloga lo miraba con una de sus sonrisas que por un instante sabían calmarlo, pero que en ese momento no le provocaron ningún efecto. Había terminado de escribir y se acomodaba el cabello.

—¿Cómo te sientes?

«Nada».

—Bien.

—Muy bien, Matteo, estuviste muy bien hoy. Le respondiste muy bien a la jueza. —Recogió los papeles, los ordenó y los metió dentro de la bolsa—. Teníamos que hacerlo, ¿sabes? Por ti, y por todos los niños buenos como tú.

«Buenos».

—Vamos —dijo y lo ayudó a ponerse de pie.

17

La psicóloga sujetó la manija y estaba a punto de abrir la puerta cuando la jueza la detuvo. Se quedó entre pasmada e inmóvil, con una sonrisa forzada. No sabía qué hacer.

—Te lo encargo mucho —retomó la jueza—. Te encargo mucho eso de lo que hablamos antes. No quisiera tener que hacerme cargo personalmente.

Tenía que haber estado pensando todo el tiempo en eso mientras le hacía las preguntas a Matteo. Esa era su preocupación.

—Claro, señoría —repuso la psicóloga—. Me haré cargo y le aviso lo antes posible. No se preocupe.

—Es muy importante.

—Trataré de resolverlo yo directamente, claro, y la mantendré al tanto de todo cuanto ocurra.

—Vamos, que no se nos haga tarde —atajó la jueza. Pasó delante de ella, llegó a la puerta y salió.

La psicóloga dejó escapar un suspiro. Estaba muy cansada.

—Matteo, querido —dijo—. Nosotros también nos vamos.

Lo tomó de la mano y salieron juntos. Cerró la puerta con delicadeza y Matteo pensó que algo de él se quedaba allí dentro. Tenía la misma sensación de cuando olvidaba algo en algún lugar, en el salón: tal vez la sudadera, un cuaderno, el sándwich. Pero ahora ese algo se quedaría para siempre allí, porque no regresaría nunca a esa habitación.

—¿Vamos?

—Sí.

—¿Qué pasa, Matteo?

—Nada.

La psicóloga le apretó un poco la mano para hacerle sentir que estaba allí.

—Te espero, lo sabes.

—Sí.

—No te dejo solo.

—Sí.

—Conversamos un rato y luego, ya que eres tan bueno dibujando, hacemos unos dibujos. Tengo pliegos de papel bien grandes. ¿Quieres?

—Sí.

—¿Has visto hojas así de grandes?

La jueza se detuvo unos metros más adelante, en el corredor. Los esperaba mientras pensaba en algo, porque estaba muy seria y concentrada.

—Bien, Matteo —dijo—. Ella se ocupa de eso, me quedo tranquila.

—Sí, señoría.

—Bien, bien.

Recorrieron juntas el pasillo con Matteo en medio de las dos.

El abogado estaba sentado en una pequeña sala que se abría a su derecha, las sillitas bajas de plástico de colores y las mesas pequeñitas de los niños. Apenas los vio, dejó de escribir en la

computadora que tenía sobre las piernas y de un salto se les unió.

—Ey, míster. —Lo saludó alzando el brazo—. ¿Todo bien?

—Ay, el abogado… —Suspiró la jueza.

—Aquí estamos, señoría.

—Buenos días, abogado.

El abogado se les unió, con la laptop todavía abierta. De inmediato le pidió informes a la jueza, pero ella le respondió bruscamente que no tenía mucho tiempo y que tenía prisa. Se dieron la mano.

—Comprendo —dijo el abogado—. No hay ningún problema. —Estaba siempre de acuerdo con ella.

—Hable con la doctora —continuó la jueza, refiriéndose a la psicóloga—. Voy tarde, ¿comprende? Trabajo. Hasta luego.

Se fue con pasos largos. Abrió la puerta al lado de la recepción, esa por donde había salido, cuando llegaron una hora antes. La azotó de nuevo; era su modo. No lo hacía a propósito.

—¿Entonces…? —preguntó el abogado.

—¿Entonces qué? —repuso la psicóloga.

—Nada, quiero decir, ¿todo bien?

—¿Qué quiere decir?

—No, solo quiero saber cómo les fue.

—Nos fue… Nos fue, sí.

—Muy bien.

—¿Eso dice?

—Claro, bien. ¿Por qué no?

Se habían acercado a la entrada, donde, de pie, delante de la recepción, estaba una mujer rubia con un bolso tan lleno que parecía que estaba a punto de reventar. A su lado, una chiquilla, inmóvil, en el mismo lugar donde él se había detenido cuando entraron.

Debía tener su misma edad, tal vez un par de años menos, y miraba en torno con la misma mirada perdida. Matteo la reconoció. Le pareció verse a sí mismo, desde afuera, como lo veían los otros.

La mujer rubia acomodó el bolso, estaba tan lleno que le costaba trabajo cerrarlo, y tocó con los nudillos el vidrio que la separaba del recepcionista.

El abogado quería al menos hablar con la psicóloga.

—Solo unos minutos —suplicó—. Por favor. Yo también…, quiero decir…, yo también estoy trabajando, ¿no?

Matteo tenía la mirada fija en la niña, le parecía saber perfectamente lo que sentía y habría querido decirle algo. Que estuviera tranquila, por ejemplo. Que podía confiar en él. Que tan solo tenía que ser paciente y no pensar.

—Sí, abogado —repuso la psicóloga—. Dígame.

—Nada. Esperaba aquí, pensaba que no iban a salir.

—¿Qué quiere saber?

—No lo sé… Dígame un par de cosas.

La niña se sintió observada y volteó a ver a Matteo. Él no pudo sostenerle la mirada, se avergonzó de haber sido descubierto. Se avergonzó de estar allí, de estar en ese lugar de grandes. Era una nueva vergüenza que nunca había sentido.

—Vamos, un par de cosas… —continuó el abogado—. Bueno, ¿cómo le fue al míster?

—Le fue bien, ¿cierto, Matteo?

La psicóloga miró a las dos personas que esperaban en la recepción, alzó una mano e hizo una señal a la mujer rubia para que esperara. Luego cambió de expresión y saludó a la niña con su mirada infantil, como hacía con él cuando lo saludaba.

—Hola, Sofía —dijo. Abría y cerraba la mano, como saludan los niños pequeños—. Ya estoy con ustedes, espérenme. Solo hablo un momento con el abogado.

—Y bien…

—Sí, hablamos de todo. ¿Cierto, Matteo? Aclaramos las cosas, y Matteo hoy estuvo muy tranquilo.

—Tranquilo. —Sonrió el abogado.

—Se puede decir que fue una conversación productiva. Profundizamos en detalles que no habíamos abordado antes. Matteo fue muy preciso… y puntual.

—Preciso y puntual… Guau… Matteo, vaya día.

—Sí. Está comenzando su proceso de elaboración, estoy segura, ¿verdad, Matteo?

—Sí.

—Así que… ¡excelente!

—No sé si usaría esos términos, abogado. Matteo necesita tiempo. Se necesitan personas. Se necesitan muchas cosas. Tal vez años. Pero soy optimista.

—Claro, ¿cómo no?

—Es necesario apoyar a la familia.

—Y que lo diga.

—No será fácil, pero estoy segura de que Matteo sabrá encontrar dentro de sí el deseo de comprender de verdad y de superarlo. La única cosa…

—¿Sí?

—La única cosa que debe saber antes de despedirnos es que aquí estoy para él siempre y, si él lo quiere, dentro de algún tiempo, nos veremos, ¿cierto, Matteo?

—Me parece bien.

—Matteo hoy debe llevarse a casa un mensaje muy importante y es que no debe culparse por las palabras o las acciones de los demás. No es nuestra responsabilidad.

—Claro que sí, faltaba más. Esto lo sabemos, ¿cierto, Matteo?

Matteo no tenía ganas de responder. Lo único que lo hacía sentirse bien era ver a la niña. No podía apartar la vista de ella, que ahora miraba por la ventana y trataba de ver algo más allá de las golondrinas, las nubes y el hongo gigante. Tal vez también su mamá estaba afuera, en el estacionamiento.

—Matteo, respóndele a la psicóloga. ¿Verdad que tiene razón?

—Déjelo un segundo, abogado. Ahora Matteo necesita comprender cuál es el límite y tener a raya el mal, donde no pueda lastimarlo. Porque nosotros no somos culpables de las acciones de los otros, mucho menos cuando están dirigidas contra nosotros mismos. Espero que un día quieras entender esto, Matteo.

—Lo entenderá seguramente. ¿Verdad, míster?

—Y, en cualquier caso, aquí estoy y también todas las personas que te quieren y están cerca de ti. No lo olvides, hay personas que siempre están contigo.

—¿Entiendes, Matteo? —dijo el abogado—. Hay personas siempre contigo. Guau…

—Sí.

—Bien, esto es importante —dijo la psicóloga—. Y tal vez alguna vez me lleves contigo a

pescar a la presa y pasemos un rato allí nosotros, solos. Si quieres. —Hizo una pausa—. Y después regresamos los peces al agua, ¿verdad?

El abogado le lanzó una mirada de pena o tal vez de desprecio, detrás de su acostumbrada sonrisa para la ocasión.

La psicóloga le hizo una última caricia en la cabeza y se fue.

—Adiós, Matteo —dijo.

Se detuvo a hablar con la mujer que estaba con la niña. Se dijeron algo en voz baja y luego la psicóloga se puso de rodillas y saludó de nuevo a la niña, y le preguntó cómo le iba, cómo había pasado la semana, a qué había jugado. Las típicas preguntas.

Cuando Matteo y el abogado pasaron a su lado, la psicóloga se disculpó con la niña.

—Espera un momentito aquí, Sofía —dijo.

Se puso de pie y se acercó de nuevo a Matteo.

—Matteo, querido. Lo siento. Pero era muy importante hacerlo, y tú eres un chico inteligente y te convertirás en un gran hombre. Verás que todo se acomoda. Hace falta solo un poco de tiempo.

Eran las primeras palabras verdaderas que escuchaba ese día o, al menos, así le parecía. Fueron una caricia en su rostro como un soplo de aire, como el viento ligero que lo rozaba cuando corría por los campos.

No tenía el valor de mirar de nuevo a la niña, estaban demasiado cerca, y entonces miró al recepcionista, que seguía escribiendo en el teclado, letra por letra para no equivocarse. Así pasaba sus días, allí dentro, como si fuera un prisionero.

Luego, el abogado abrió la puerta y Matteo sintió el viento, finalmente el viento verdadero, y miró el paisaje, afuera, los autos y las personas que ahora llenaban el estacionamiento y se movían ocupadas con sus bolsos en mano. Había un enrejado y, más allá, el cielo y, todavía más lejos, las cimas redondeadas de las colinas.

Dentro de poco estaría allí.

Afuera estaba mamá, pero no la llamó de inmediato. La llamó mientras bajaba lentamente la escalinata con el abogado, que tenía una mano apoyada sobre su hombro, como si tuviera que conducirlo.

—Mamá —dijo.

Le pareció que habló muy bajito, pero su mamá lo escuchó y volteó hacia ellos. Estaba apoyada de espaldas contra el auto. Se movió y se acomodó el cabello.

—Matteo, aquí estás finalmente. No regresaban.

En verdad debió de haber pasado mucho tiempo, pero no sabría precisarlo. Tal vez media hora o una hora, él había hablado y ya, y el tiempo pasó volando. Tal vez dos horas o tres, ¿quién podía decirlo? Al hablar no se dio cuenta, porque la Sala de las Palabras devoraba también eso cuando se estaba dentro: el tiempo.

18

—Todo bien —comenzó el abogado—. Matteo estuvo muy bien. ¿Verdad, míster?

Estaban todavía lejos de ella, a una decena de metros, y el abogado casi tuvo que gritar. Tenía prisa de decirle algo.

—¿Qué? —preguntó su madre.

—Finalmente, aquí estamos. ¿Ya vio, señora?

—¿Algún problema? ¿Qué sucedió?

—Puede estar tranquila, ya nos contará todo. ¿Verdad, míster?

—Sí.

—Matteo, ven aquí conmigo.

Fue y ella lo abrazó. Lo apretaba más fuerte de lo normal.

—No te veía salir… No te veía…

—Tranquila, allí estaba.

—Pensé que había ocurrido algo, tal vez… No sé… ¿Qué sucedió, Matteo?

«Nada».

—Nada.

—¿Solo te hicieron preguntas?

«No».

—Sí.

—¿Y entonces?

—Ahora relájese, señora. Todo terminó, puede estar tranquila. Hicimos nuestra parte. Y ahora…

Ella no lo dejó continuar.

—Díganme algo. Estuve aquí, sola, y el tiempo no pasaba, díganme algo.

Le faltaba el aire. Cuando estaba a punto de empezar a llorar, siempre respiraba así.

—Díganme dos palabras. ¿Estuvo bien? ¿Ya terminó?

—Sí, señora. Claro. Ya se lo dije, muy bien. Es más…

—Ay, Dios mío.

—Señora —continuó el abogado—. Señora, yo…

Matteo estaba bien con su mamá pegada a él, pero al mismo tiempo quería irse de aquel lugar, irse a casa.

Volteó hacia la puerta de entrada y, entre las golondrinas y las nubes, vio a la mujer rubia y a la niña. Estaban de espaldas, luego se alejaron y desaparecieron en el salón con los dibujos en las paredes. Era su turno en la Sala de las Palabras.

—Señora —dijo de nuevo el abogado.

—Dígame, Tommaso.

—Señora, ahora tengo que hablarle. Quiero decir, un minuto, nosotros dos.

—¿Nosotros dos?

—Sí.

—¿Solos nosotros dos?

—Sí. Novedades, señora.

—¿De qué? ¿Ahora qué pasa?

—Solo dos segundos. Créame.

Mamá no respondió y besó a Matteo en la frente.

—Ya estás aquí —repetía—. Ahora estás aquí. Ahora le cuentas todo a mamá.

—Sí.

—Muy bien, ya terminó.

—Nosotros dos solos, señora.

—¿Qué cosa?

—No, decía… ¿Podemos hablar un momento?

—¿Ahora?

—Sí —por primera vez desde que salieron, el abogado se dirigió a Matteo—. Tú espéranos aquí dos minutos, ¿sí? Mamá y yo tenemos que hablar.

—Sí.

—Por Dios, ¿qué pasa…?

—Solo dos minutos, Matteo, y nos vamos a casa y olvidamos todo.

Mamá lo apretó de nuevo contra sí y lo ayudó a subir al auto, donde hacía más calor que antes, aunque las ventanillas se habían quedado abiertas.

—Un minuto y regresamos. Espérame aquí.

Cerró la puerta y regresó adonde estaba el abogado acomodándose los cabellos sudados. Juntos se alejaron al centro del estacionamiento, del lado del jardín donde estaban la resbaladilla y los columpios.

—Señora —comenzó el abogado.

—Dígame, ¿ahora qué pasa?

—Mire, señora, deme un segundo.

Matteo escuchaba todo. Aunque hablaban en voz baja, no había ruido afuera y sus voces le llegaban claramente a través de las ventanillas abiertas.

—Ya terminó la pesadilla —dijo el abogado con una voz diferente a la de antes, más baja. Estaba muy serio.

Abrió el portafolios y sacó el periódico. Lo hojeó, buscaba una página.

Su madre se tallaba los ojos, tenía una de sus expresiones, la neutra; no se sabía qué sentía, si un profundo disgusto, una extrema ligereza, o nada.

—¿Qué pasa…? —hablaba en voz baja—. No entiendo, ¿qué pasa ahora…?

—En un garage, señora —continuó el abogado—. Una cuerda. Ayer.

Le pasó el periódico, estaba muy arrugado y a ella le costaba mantenerlo abierto.

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó su madre.

—Mire aquí. El diario de esta mañana, señora.

—¿Qué cosa?

—En un garage, en su pueblo, en su casa, señora.

Su madre tenía la mirada fija en la página, luego se quedó petrificada y dejó de respirar. Apretaba el periódico entre los dedos con mucha fuerza. Ahora temblaba.

—Ay, Dios mío… —dijo—. Dios mío santísimo…

Estaba inmóvil, no respiraba.

—Señora —dijo el abogado.

—Me falta el aire. Me siento mal.

—Por favor. —El abogado trató de tranquilizarla. La tomó del brazo y la ayudó a recargarse contra un auto.

Su madre abrió de nuevo el diario. Leía y releía, miraba las fotos, le daba vuelta a la página y volvía a la página anterior.

—Es culpa nuestra —siseó mamá—. ¿Y ahora…?

—No diga eso, señora.

—Es mi culpa.

—No es verdad, señora. Ni lo piense.

—Siempre es mi culpa, ¿comprende? ¿Por qué no me escucha?

—No se ponga así.

—¿Y ahora?

—Cálmese.

—Es mi culpa —repitió su madre—. Más no se puede… Ay, Dios mío.

—Señora —dijo el abogado. Le puso una mano en el hombro, tal como había hecho antes la psicóloga con Matteo—. Vamos —decía—, ya todo terminó, señora. Llore, desahóguese.

Su madre le devolvió el diario y se tapó el rostro con las manos.

—Deme un minuto, Tommaso.

—No, señora, también estoy aquí para esto. Sé que es horrible decirlo, pero no podía terminar mejor.

—Déjeme en paz, por favor.

—Discúlpeme si hablo así, pero créale a quien ha visto tantas cosas, nos quitamos un peso de encima. Y a partir de ahora, el niño estará tranquilo.

—Llevaremos siempre encima esta culpa. Toda la vida. Matteo y yo. Ustedes no lo entienden, ustedes no escuchan a nadie.

—Imagine que era una enfermedad y que ahora están sanos. Cambie el punto de vista.

—Esto no tenía que haber sucedido —continuó su madre—. Así no. —Intentó recomponerse, se enjugó las lágrimas con el pañuelo que tenía dentro de la manga de la blusa—. Así no.

Le faltaba el aire, jadeaba, sacudía la cabeza.

—He visto tantas cosas, señora.

—Oh, Dios mío… No puedo más…

Miraba alrededor como si quisiera detener el tiempo o al menos estar lejos de allí. Luego vio a Matteo en el auto, con su carita enmarcada en la ventanilla. La miraba sin expresión alguna, como quien mira a un extraño.

Se esforzó por sonreírle, pero le salió una mueca.

—Nadie. —Retomó el hilo—. Nadie piensa nunca en nosotros. Yo…

—Por favor.

—Nunca nadie ha pensado en nosotros, y tenemos que hacer todo siempre solos. Y las cosas suceden así…

—Sí…

—Sabía que esta vez no podía confiar. Siempre hay que dejar pasar las cosas, porque se vuelven más grandes… pero todos me decían qué tenía que hacer… «Haz esto, haz aquello», y ya no podía más, y los escuché para que nos dejaran en paz. No podía más.

—No diga eso.

—Usted no entiende de qué estoy hablando. Ya no puedo más…

—Sí.

—No, no me puede entender. Usted no sabe nada de esto.

—Desahóguese, señora.

—Nadie puede comprender, pero yo lo sabía, y aun así los escuché a todos y ese fue mi error. No debí… por Dios…

—Cumplió con su deber.

—No existe ningún deber. Yo no debí haberlos escuchado, yo debía haberme ido y recomenzar de cero. Pero ¿adónde podría haberme ido?

—No diga eso.

—¿Adónde puedo irme? Yo no me puedo ir a ninguna parte, ¿entiende? Dios mío… ¿Qué hice? Nunca me lo perdonaré. Esta vez yo…

El abogado se le acercó y le acarició un brazo.

—Todos siempre me han dicho lo que tengo que hacer, total, soy yo la que paga los platos rotos, pero esta vez… Ay, Dios mío… Esta vez nadie me lo perdonará, qué desastre he causado.

Miraba a Matteo y negaba con la cabeza. Apretaba los labios, se enjugaba las lágrimas.

—Sáqueme de aquí —le dijo—. Ahora vamos a casa. Necesito ir a casa. No hablemos más, ¿lo entiende? Tengo que ir a casa.

—Claro, señora. Así se tranquiliza. Nos tranquilizamos todos. Venga, apóyese en mí.

El abogado esperó a que la madre se calmara y la ayudó a subir al auto. Cerró la puerta y subió por el otro lado.

En silencio, dejaron la ciudad, acompañados por los sollozos entrecortados de su madre y por el silbido del aire que entraba por la ventanilla abierta.

El abogado, de tanto en tanto, volteaba a ver a Matteo.

Su madre parecía estar en otra parte, concentrada en conducir para esconderse.

—¿Les dijiste también eso? —volvió a hablar el abogado—. De lo que hablamos ayer. ¿Se los dijiste como acordamos?

—Sí.

—Bien, estuviste muy bien. Te pongo un diez.

Asintió.

—Es más, diez y mención.

Atravesaron la zona industrial y entraron en la avenida que conducía al pueblo, diez kilómetros rectos en medio del maíz que alcanzaba los dos metros de altura y estaba seco.

Su madre no hablaba y tal vez tampoco escuchaba. Al dejar atrás la ciudad, solo pensaba en conducir, en la calle, en la recta que los llevaba a casa, en el pueblo. Se sentía también en el olor del aire, que era cada vez más limpio con el perfume de los campos y del trabajo de los campesinos.

La calle estaba vacía, no había ningún auto, rebasaron solamente a una anciana en bicicleta que pedaleaba despacio, con su bolsa del mandado en el manubrio.

—Tienes que estar cerca de mamá, ¿sabes, Matteo? —continuó el abogado.

—Sí.

—Debes estar cerca de ella. Te necesita.

Cuando llegaron, se encontraron con un pueblo más vacío que antes, si es que eso era posible, con las persianas de los negocios cerradas y las mesitas de la cafetería vacías y quemadas por el sol. Todos estaban dentro de las casas por el sofocante calor.

19

Dejaron al abogado donde lo habían recogido apenas unas horas antes, en la plaza delante del edificio del municipio, bajo el letrero de VINCERE, al lado de su despacho con la placa de latón.

El abogado había esperado unos instantes antes de bajar, como si tuviera algo más que decir. Pero no dijo nada, volteó a ver a Matteo, le sonrió con la boca contraída y salió. Rodeó el auto y le tendió una mano a mamá.

—No, no se baje —le dijo—. No se preocupe.

Mamá no tenía la más mínima intención de bajar. Seguía mirando hacia adelante sin responder.

—Hablaremos con calma en los próximos días, señora. El viernes salgo de vacaciones. Si no me llama, la busco a mi regreso.

—Está bien —susurró.

—Cualquier cosa, llámeme sin problema, aquí estoy. Mi teléfono siempre está disponible para usted.

—Está bien.

—Ey, míster —dijo—. Míster, no te veo.

Matteo se asomó por la ventanilla.

—Míster, ahora para ti comienza una nueva vida. Ya basta de problemas, ¿entendido? —Le guiñó un ojo.

—Sí —dijo Matteo.

—Muy bien. De nuevo, señora. —Se despidió de su madre antes de alejarse. Mientras atravesaba la plaza se aflojó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa.

Mamá aceleró como solía hacer y luego frenó bruscamente, como si no supiera conducir. Parecía confundida. Hizo mil maniobras en la plaza vacía.

Finalmente salieron de la plaza y retomaron la calle, siempre en silencio. Mamá mantenía su mirada inexpresiva, con los ojos fijos y las manos aferradas al volante. Conducía muy despacio, forzando el motor.

Matteo se quedó en el asiento trasero, y estaba bien, porque se encontraba mejor solo y no tenía que responderle nada a nadie.

Le habría gustado decirle algo a su madre, quería decirle que estuviera tranquila, que las cosas se acomodarían, que todo había terminado, pero no lograba hablar. Tal vez sabía que de nada servía. Además, ¿hablar de qué?

Pasaron lentamente frente a la casa parroquial. Matteo se veía de nuevo a sí mismo delante de esa puerta el día en que salió con el pequeño teclado portátil amarillo que le había dado el padre para los ejercicios en casa.

Tuvo que haber sido ese día cuando todo cambió; y con ese teclado, él también había cambiado y se había transformado en otro Matteo.

Se veía a sí mismo mientras atravesaba a pie el pueblo con el instrumento bajo el brazo y se sentía más fuerte, como si ese teclado hubiera sido un arma o un escudo que lo defendería, y por primera vez se había sentido parte de algo, como de otra familia. Ese era su lugar en la vida, por

fin tenía un lugar.

A partir de ese momento se había empeñado y había estudiado en cada minuto libre, y al año siguiente, con esa misma familia, había tocado ante un público verdadero durante la fiesta del pueblo. Su primer concierto, no lo había olvidado.

Pocos días antes, el tecladista oficial se enfermó y el padre decidió que de todas formas se realizaría el concierto, y que Matteo lo reemplazaría.

Un concierto verdadero. Él no se sentía listo, pero el padre había insistido y la banda lo había apoyado como se hace en los verdaderos equipos.

La tarde del concierto, el padre Andrea lo llevó aparte y le explicó que él mismo podría tocar el teclado, pero que no era bonito ver a un sacerdote en un concierto de muchachos.

—Los jóvenes deben estar con los jóvenes. Y no hay otro modo de subir a un escenario.

Tomó sus manos, las apretó y besó sus palmas.

—Estas manos están listas —dijo—. Y yo las bendigo.

Escuchaba todavía claramente su voz sosegada y seria. Hablaba así cuando quería calmarlo.

—Padre —había dicho Matteo.

—Tú puedes —Lo tranquilizó el padre—. No quiero oír ni una sola palabra.

—No estoy listo, padre.

Comenzó a llorar. Esa fue la primera vez. Ahora lo recordaba, sí, también hubo una primera vez para él; había llorado y ahora, en la calle, en el auto con mamá, tras haber estado en la Sala de las Palabras, todo salía a la superficie, hasta las cosas que había dejado olvidadas en el fondo. Porque la Sala de las Palabras tenía ese doble poder: se llevaba algunas cosas para siempre y traía de vuelta otras que aparentemente habían desaparecido.

Estaba reviviendo uno de los momentos más hermosos: el primer concierto, y Matteo recordó aquella vez cuando no logró contenerse, no, y el padre se enojó como nunca antes, y se le fue la mano, dándole una bofetada más fuerte de lo normal, en el rostro. Fue la primera vez que lo golpeó en la cara. Tenía la intención de lastimarlo.

Le gritó que estaba cansado de él, cansado de sus lloriqueos, de sus inseguridades, de su falta de autoestima, estaba cansado de esa actitud de perdedor y de que no confiara en las personas que lo querían y estaban de su parte, y que con medio hombre nada podía hacerse, con uno incapaz de afrontar las dificultades y oportunidades de la vida, porque eso significaba que no había aprendido nada de la música.

Si quería que los otros lo respetaran, ese era el momento.

—De un modo o de otro —le había dicho, y a Matteo le pareció que se había puesto a rezar o a pensar, no sabría decirlo, y luego el párroco lo sorprendió tomándolo por el brazo y mirándolo a los ojos y alzando la voz, pero como un amigo; le había dicho, sin mediar palabra, que subiría al escenario y tocaría con los otros. No era una pregunta, era una orden.

Fue un momento muy importante, ahora lo comprendía. Todo estaba cambiando y él sintió algo nuevo, como si estuviera traicionándose a sí mismo y al niño que todos conocían, para sustituirlo por alguien de quien nada sabía.

Tal vez eso significaba convertirse en adulto: asumir responsabilidades más grandes que nosotros y afrontarlas, aunque uno no se sintiera a la altura. Pero él tenía miedo de lo que podría suceder y de la persona a la que encontraría al final de esa ruta. Ciertamente no sería el mismo. Ya no.

Pero el sacerdote no le permitió pensar y le dijo que allí no terminaba. No.

—Tienes que poner mucha atención, querido… —había continuado. Cambió de tono,

hablaba con la voz ligera e irónica que había conquistado a todos, pero al mismo tiempo en sus palabras había algo desconocido, una especie de reto o de prueba definitiva, entre personas del mismo nivel.

—Mucha atención —repitió, porque si se equivocaba, aunque fuera en una sola nota…—. Una sola nota —le dijo y le puso el índice bajo su cara, lo pagaría toda su vida.

Esa vez no podía equivocarse.

—De uno u otro modo —le dijo—. No solo es cuestión de música.

Se interrumpió y le sonrió de un modo que le recordó la sonrisa de su padre. Lo atrajo hacia sí, lo abrazó y Matteo se sintió amado.

—¿Entiendes? —había dicho el cura.

—¿Qué cosa?

—¿Entiendes de qué estoy hablando?

—Sí, padre.

—No; digo, ¿entiendes en verdad?

—Sí.

—Estoy feliz de que hayas comprendido, no sabes cuánto. Ven, demos un paseo juntos y nos concentramos.

La confusión lo había rebasado; el miedo a la música, a los recuerdos, a lo que sucedería si se equivocaba tan solo en una nota. Y el sacerdote lo comprendía y quería tranquilizarlo.

De hecho, le había dicho que antes había que hacer algo muy importante, más importante que concentrarse.

—Sígueme.

—Sí, padre.

Se acercaron al borde del escenario, donde los muchachos acomodaban los instrumentos y los amplificadores.

Los llamó y sin preámbulos les anunció que esa tarde Matteo tocaría los teclados, y que desde ese momento sería parte de la banda.

—El segundo tecladista oficial —así lo definió.

El segundo tecladista oficial, sí. Matteo estaba emocionado y se sonrojó. Sintió que con esas palabras el Padre lo llevaba dentro de esa familia, y nada lo sacaría de allí.

—Somos una banda, ¿no? —dijo—. Y como en toda banda que se respeta, cuando alguien tiene un problema, los demás lo apoyan.

Los muchachos lo miraban encantados, en silencio; sabían que cuando el padre Andrea hablaba en ese tono, se trataba de algo muy importante que no debía discutirse.

—Lo apoyan —repitió—, como los acordes y la base rítmica que apoyan al solista, porque aquí no hay solistas. Aquí todos somos iguales.

En ese momento, lo único que faltaba era impartir las instrucciones técnicas. Algunas piezas eran demasiado complicadas para él y tenían que encontrar una solución. Sobre todo, para los solos del teclado. El guitarrista lo acompañaría. ¿Tenía problemas el guitarrista con eso?

—No —respondió Jimi-Peter. Él sabía cómo arreglárselas. Es más, estaba contento, le gustaba interpretar los solos.

Entonces, Matteo tocaría los acordes y él sabía hacer eso.

—¿Cierto, Matteo?

—Sí.

El problema era el comienzo de «Firth of Fifth» de Genesis, pero se lo saltarían y empezarían

cuando entra la batería, como en la versión de Genesis en vivo en *Seconds Out*.

¿Quedaba claro?

Sí.

—¿Todo claro?

—Claro —respondieron los chicos. Siempre serios y concentrados, porque sabían cuán difícil y delicado era modificar una hora antes del concierto una pieza que habían ensayado tantas veces.

—Bien. Intentémoslo así, y luego vemos.

—¡Fantástico! —dijeron los muchachos. Gritaron un *Hip, hip, hurra* que se mezcló con el sonido de los juegos al lado, pero que era el más potente que Matteo había escuchado en toda su vida. Luego, uno a uno, estrecharon su mano.

—Bienvenido a los teclados —le decían—. Bienvenido a la banda, camarada.

—Bien.

—¡Fantástico!

—Falta poco más de media hora —concluyó el padre—. Ocúpense del escenario y de la mezcladora, que nosotros vamos a dar un paseo. Ahora el segundo tecladista y yo tenemos que concentrarnos.

Lo condujo al fondo del campo, al parquecito de los niños más allá de los juegos, escondidos bajo la sombra de los tilos y de los plátanos.

Se sentaron en una banca. El padre Andrea se aflojó el cuello de la camisa, le tomó una mano y la apretó con fuerza. Luego la llevó hasta su vientre y la apoyó en su estómago, sobre la túnica.

—No debes tener miedo de nada —le dijo sin mirarlo a los ojos—. Siempre estaré allí.

—Gracias, padre.

—A veces me gustaría que no me llamaras padre, pero está bien.

—¿Y cómo le gustaría que le dijera entonces?

Se quedaron sentados hasta que oyeron desde el escenario el rasgueo de la guitarra eléctrica probando el sonido y el volumen. Jimi-Peter era tan bueno que era agradable escucharlo hasta cuando afinaba la guitarra. Y luego la batería. Y el bajo. Había llegado la hora.

—Es hora de irnos —le dijo el padre—. ¿Estás más tranquilo?

—Sí.

—Quiero que sepas que estaré allí arriba contigo. Ven acá.

Tomó su cabeza entre los brazos, le acarició el cabello y lo estrechó.

—Ahora, vamos —le dijo.

Juntos se encaminaron al escenario.

—Sabes que todo estará bien, ¿cierto?

—Sí, padre.

Habría querido decir que no lo sabía, porque en ese momento estaba abrumado por la confusión y no recordaba nada, pero era demasiado tarde para retroceder.

—Anda, ve.

Matteo se encaminó solo, con la cabeza a punto de estallar con mil pensamientos.

—Oye —lo había llamado el padre.

Matteo se dio la vuelta y se quedó inmóvil, en ese espacio entre el padre y el escenario.

Parecía que no quería dejarlo ir. Para él era también un momento importante. Con los dedos le hizo la señal de *okay* y lo alcanzó. Le dio uno de sus golpecitos en la nuca, suave esta vez, y Matteo le dijo:

—Gracias por todo, padre.

—Oye, ni una equivocación, ¿de acuerdo? —bromeó el padre.

—Sí. —Sonrió Matteo.

Entonces se dirigió a las escaleras de madera que llevaban al escenario y al subir se sintió más solo que nunca. Por vez primera, no lo acompañaba nadie.

Era un niño y hasta ese momento, a todas partes donde había ido, siempre había alguien con él: su padre, su madre, los abuelos, el mismo sacerdote. Pero en ese lugar de paso entre la plaza y el escenario o de la vida a la música, como decía el padre, no había nadie, y él tenía que arreglárselas solo y confiar en sí mismo, en sus piernas y en su voluntad.

Cuando encaró las escaleras, se quedó estupefacto. Por primera vez no sentía miedo y estaba feliz hasta de aquella dócil soledad, porque sentía que estaba entrando en un mundo nuevo, estaba emocionado, y no importaba tanto cómo saldrían las cosas.

Era importante intentarlo con todas sus fuerzas: la música enseñaba dedicación y determinación, más que resultados.

Tan pronto estuvo en el escenario, no volvió a pensar en el miedo. Claro, las piernas le temblaban, pero eso siempre ocurría, les sucedía a todos los artistas, a los cantantes y a los músicos, hasta a los más expertos, antes de una interpretación. Era el arte que te penetraba antes del concierto, decía siempre el padre. Era la energía que explotaría en la música.

Pero no era nada más esto. Sentía que se dirigía a un lugar especial, y sentía que cuando bajara del escenario, él sería diferente, tal vez más feliz, tal vez menos feliz, ahora ni siquiera eso importaba. Tal vez más fuerte o quizá más desilusionado, pero seguramente más grande. Esto enseñaba la música.

Los últimos pasos sobre el escenario hasta llegar a los teclados le tomaron poco tiempo, porque una vez que estuvo arriba, y la guitarra de Jimi-Peter dio inicio al espectáculo con el grito inhumano de «Smoke in the Water», Matteo ya no pensaba en nada y se transformó en música.

Y esa tarde todo salió de maravilla, un concierto que hizo historia en el pueblo. Los Langolieri tocaron como los grandes y se divirtieron todos, músicos y público, y el padre al pie del escenario parecía fuera de sí por la alegría, aplaudía y cantaba con ellos, como un niño, y a Matteo le parecía que siempre había tocado, las notas salían solas, sus dedos eran ligeros.

Esa era la música que siempre había deseado escuchar y en ese momento estaba él mismo en medio de la música, en el centro de ella, donde la música surgía sola.

Y ellos, los músicos, no podían más que secundarla, dejarse llevar por la corriente del sonido, que era una corriente cálida y lenta, y hacía sentir bien a las personas.

Genesis, King Crimson, Yes… No se equivocó en ningún acorde ni en una sola nota, y en un momento dado, el guitarrista Jimi-Peter se acercó a él para tocar un solo. Lo miraba y le guiñaba un ojo, como si Matteo fuera un músico verdadero. Y en ese momento era, en realidad, un músico verdadero.

El escenario estaba montado frente al puesto de la beneficencia parroquial, delante del local de las cervezas y de los hot dogs; la gente tomaba cerveza, se preparaba un bocadillo y los escuchaba. Al final había más de cien personas allí.

Aplaudieron cada canción y Matteo sentía que eran aplausos verdaderos. «Mi banda», se repetía. «Mi banda».

Su banda, sí, porque finalmente él tenía una, y esa era su banda y no habría otras más allá de su banda. Era *la suya*, a su imagen y semejanza, y no desearía las bandas de los demás. La música era el centro, lo que los había congregado y lo que habría de mantenerlos unidos para siempre.

Pero había algo más, algo profundo que solo la música lograba llevar a la superficie. La amistad, el quererse, el sentirse parte de algo, de un proyecto más grande. El sentirse cada día en casa, tratando siempre de salir adelante, de mejorar, de progresar. Tantos músicos, una sola cosa, como en la vida.

Las personas junto a él lo comprendían, hablaban el mismo idioma, tenían los mismos objetivos y los mismos valores. Eran su verdadera familia, sí. Era más que una familia, era una hermandad.

Sí, se dijo. Aquella era la palabra correcta: *hermandad*.

20

«Hermandad», se repetía Matteo mientras atravesaban el pueblo vacío.

No había ni un soplo de viento y el sol era una bola de fuego que lo quemaba todo.

Sería hermoso si apareciera de nuevo el ala delta volando libre sobre la pradera amarilla. «Pero nada vuelve», se dijo.

Su madre mantenía la mirada fija en la ruta, inmóvil, una piedra desesperada.

—Mamá —dijo, pero ella no respondió, como si no lo hubiera oído. Tan solo suspiró y apretó con más fuerza la palanca de cambios.

Posó una mano en su hombro.

—Todo está bien —le dijo. Las mismas palabras que ella pronunciara esa mañana.

Apartó la mano y le echó un último vistazo a las colinas, nunca antes tan fijas e incandescentes.

Pasaron la casa de los abuelos, no había nadie en el jardín y las persianas estaban cerradas, como se acostumbraba en los días más bochornosos, para que no entrara el calor. Mamá ni siquiera había disminuido la velocidad.

Pocos metros más adelante tomaron el camino de tierra de la casa y el auto se detuvo un poco más allá de la verja.

Mamá abrió la puerta, seguía aferrando el volante y tenía la mirada fija en el cobertizo construido por su padre para el tractor y el camión.

—Vamos a encontrar el camino —dijo y no añadió nada más.

Era muy tarde y mamá recalentó las sobras de la noche anterior.

Durante la comida, el silencio era denso por la ausencia de Clarissa.

Después de comer, no limpió la mesa.

—Déjalo, lo hago más tarde —dijo—. En este momento no puedo hacer nada. Necesito comprender. Dame algo de tiempo.

Matteo escuchaba sus pasos al subir. Una pausa, tal vez la duda o la incertidumbre, no sabría decirlo. Mamá regresó sobre sus pasos y se asomó por la escalera.

—Matteo —lo llamó—. Verás que tú y yo arreglamos todo.

Finalmente entró en su habitación y cerró la puerta con delicadeza.

Solo en la cocina, Matteo tomó su bolso. Dentro estaba el diario. El encabezado ocupaba toda la plana, la foto más grande era del padre Andrea con su camiseta negra de Black Sabbath y su gorra de los Chicago Bulls. Al lado había una fotografía de su madre con él, con Matteo, pero su rostro estaba desenfocado porque se trataba de un niño.

Hojeó las páginas hasta encontrar el artículo. En todas las fotos, el cura aparecía sonriendo como un muchacho despreocupado, y era extraño verlo así, parecía que los del periódico hubieran escogido precisamente esas fotos para jugarle una broma pesada.

Más abajo, la foto de un garage, una cuerda colgada del techo, garrafones de agua, una bicicleta, un viejo amplificador de guitarra. Todo era verdad.

Sucedió aquello de lo que habían hablado en la Sala de las Palabras. Tenían razón.

Matteo estrujó sus manos contra el estómago para contener el espasmo y la náusea. Corrió al

baño y se sentó en la taza del escusado. Le faltaba el aire, las manos le sudaban. Controló la respiración, largas inhalaciones y exhalaciones, pero en esa ocasión el malestar era más profundo que de costumbre y eso no servía de nada.

Del otro lado de la ventana, las nubes habían desaparecido y el cielo era un cristal de un azul homogéneo.

Un águila ratonera rompía con la monotonía, solitaria e inmóvil, suspendida sobre el campo de grano, a un centenar de metros de él. Oteaba a su presa, una musaraña, una serpiente, un conejo. Batía las alas veloces como una hélice, un manchón borroso, el cuerpo clavado en el manto azul; parecía un ave embalsamada.

Siempre le había gustado observar el paisaje iluminado por la luz del sol del amanecer o por el sol de mediodía. Pero, en ese momento, le causaba un lejano malestar.

Con los años, el mundo de allá afuera nunca cambiaba. La única mutación eran los hombres del municipio que trabajaban bajo el sol abrasador, arreglando la presa.

Matteo volvió a su recámara. Se recostó en la cama, aunque nunca lo hacía por las tardes. Se apretó el estómago con las manos y cerró los ojos. Trató de dormir, pero el tictac del despertador lo molestaba.

21

«Debería detener el tiempo» pensaba, «todo inmóvil, para siempre, aquí».

O tal vez debería volver atrás, desenrollar el tiempo hasta cuando era niño y su padre se recostaba en la cama con él para «hablar de hombre a hombre». ¿Detenerlo o volver? No lo sabía, para él todo era doble.

En esas tardes, papá le había enseñado el juego de las manecillas. Apagaba la luz de la recámara y la carátula fosforescente iluminaba la superficie de la mesita de noche con su luz diáfana y azulada. El mundo mágico explotaba de pronto. La penumbra, el roce de las sábanas, el silencio. Como música de fondo, el rumor monótono de una serie de televisión abajo en la sala, mientras mamá ordenaba la cocina.

Su padre había inventado ese juego de hombres y conocía un truco, porque siempre abría los ojos al momento en que la manecilla del minutero se movía.

Lo alentaba a imitarlo y le decía que se empeñara, que se concentrara; se trataba de visualizar la carátula mientras tenía los ojos cerrados. Sobre todo, era importante no tener prisa, y creer.

Debía abrir los ojos solo cuando sabía, cuando *sentía*, que el minutero se estaba moviendo, no antes.

Lo intentaban un par de veces, tres, cuatro, y luego él, con los ojos cerrados, contaba los segundos, se concentraba e imaginaba la carátula. Se quedaba dormido.

Ahora lo comprendía, ese juego surgió para eso, para hacerlo dormir más que para jugar, y se sintió traicionado por su padre. No había necesidad, podría haberle dicho simplemente que era hora de dormir y él lo habría escuchado. El juego había terminado.

El tictac lo seguía molestando. Matteo sacó las baterías del despertador y las manecillas se detuvieron de verdad en ese momento. Se sorprendió de sí mismo: nunca antes lo había hecho.

«Olvidar», sí, tenía razón su padre, y ahora sin el tictac estaba mejor, aunque si quería olvidar de verdad, tendría que deshacerse de ese despertador en forma de tractor; total, ya no servía. Esconderlo donde nadie pudiese encontrarlo, enterrarlo para siempre, en un agujero en la tierra bajo los arbustos de las colinas o en un foso o en alguna esquina lejana en los campos.

Daba vueltas en la cama. La agitación no lo dejaba estar en su habitación. El silencio era insoportable.

Tomó el despertador, salió de prisa sin hacer ruido. Subió a la bici y echó a andar, lejos, por las callecitas estrechas y por los baches que conocía tan bien, bordeando los límites de los campos escondidos por el maíz. El despertador-tractor rebotaba en la canastilla.

Pasó cerca del lugar donde, años atrás, él y su padre desenraizaron el árbol golpeado por un rayo durante una tormenta. Con los años, el terreno se había nivelado, ahora solo había hierba y piedras, como en toda la pradera, y nadie diría que en ese lugar hubo un árbol.

«Más allá» se dijo, «debes seguir más allá». Llegó al pie del roble, adonde nunca nadie iba.

A lo lejos parecía un hongo desinflado apoyado en el suelo. Flotaba sobre las espigas que, cuando se mecían con el viento, parecían agitarlo en una deriva imaginaria pero inexorable.

En cambio, desde abajo, era una gran sombrilla con un tronco robusto que nada podría arrancar, ni siquiera su padre con el tractor ni un rayo durante un temporal.

Se tendió en la sombra para retomar el aliento y pensar.

La hierba seca bajo la camiseta, las bellotas caídas del árbol. Arriba de él, las golondrinas jugaban, se llamaban, escapaban y volvían a su casa entre las ramas. Luego, una desordenada parvada de cormoranes. Volaban hacia el mar, se llamaban, volteaban la cabeza y reían como viejos amigos.

Siempre le había gustado estar allí. Durante los meses fríos, las trilladoras atravesaban las opacas praderas como grandes escarabajos, arrancando rollos de tierra húmeda y viva. Se sucedían los hermosos días con un sol frío, las primeras hojas brotaban del suelo arado en una espiral de colores iridiscentes, desde verde brillante hasta amarillo dorado, un milagro, y cuando iba a esos parajes en bicicleta, se detenía a mirarlos y se sorprendía de los grandes rehiletes dibujados en el cielo por los cientos de aspersores que atravesaban los campos, acompañados de un silbido intermitente.

Le daban vida a un único e inmenso arcoíris móvil que se deslizaba por toda la pradera, nacía, se movía y moría. Un alma inquieta, inconsciente de la inmovilidad que pronto reinaría hasta los días de cosecha, cuando se retiraban los hidrantes y el calor se volvía tolerable, incluso agradable. El otoño llegaría, como una sorpresa, sobre los campos de nuevo desnudos, y los terrones quedarían expuestos al viento, añorando el sol cegador de agosto y los arcoíris en los campos. Un año más habría terminado.

Comprobó si alguien venía. Alrededor había tan solo tierra árida y espigas secas. No llovía desde inicios del verano y habían retirado los hidrantes unos meses atrás.

El cultivo del maíz era un mar plano hasta el horizonte, interrumpido por algunas líneas de chopos que delimitaban los confines de los campos y por tejabanes construidos por los campesinos para guardar sus herramientas.

Matteo se puso de pie, con las manos se sacudió los pantalones sucios de tierra y hierba. Miró hacia su casa, la buscaba, pero el maíz era demasiado alto, solo se veían las cimas de las colinas, islotes de un archipiélago en forma de medialuna que él conocía bien porque los había explorado uno a uno con su padre.

Hasta en los meses más áridos se estaba bien en esas laderas, porque a lo largo de ellas una intrincada red de arroyos, que surgían de entre las rocas, bajaba hasta el valle, refrescando el aire, y terminaban en la presa, a la que un día le vio el fondo.

Eso fue un problema, el agua no manaba porque las bocas estaban obstruidas; tuvieron que abrir las compuertas de metal y el agua corrió liberada a través de los desagües, donde unas bombas la recolectaban y rociaban al cielo mediante aspersores.

En esa ocasión, la presa se vació por completo y se había sentido decepcionado, como si ante sus ojos se hubiera revelado una cruda verdad. El fondo era de tierra suave y fangosa, y se veía un neumático, una vieja silla oxidada, botellas, pedacería de cerámica, la parte superior de una mesa de plástico y una red de metal incompleta. Parecían monstruos empantanados y Matteo no comprendía cómo podían vivir los peces en ese lodazal.

Sintiéndose traicionado, le había preguntado a su padre por qué no limpiaban la presa, por qué no cuidaban ese lugar maravilloso.

—Así es la cosa —fue la respuesta de su padre.

Se habían quedado allí curioseando y una hora más tarde cerraron las esclusas, el nivel del agua subió y volvió a ser el hermoso lugar de siempre.

Matteo sacó el tractor-despertador de la canastilla de la bicicleta y rodeó el roble para encontrar el lugar perfecto y esconderlo. Tal vez debía enterrarlo entre las raíces que sobresalían

o, tal vez, mejor aún, en un lugar más lejano, cerca de la saliente de una roca.

Intentó cavar un agujero con las manos, por la prisa había olvidado la pala, y no lo logró: la tierra estaba seca y dura, y le lastimaba los dedos. Se metía bajo las uñas y lo picaban la hierba marchita y las ramas puntiagudas. No funcionaba. No lo lograría.

Pensó de nuevo en la presa. Ese era el lugar. El fango lo cubriría y lo protegería a la vez, y lo mantendría en silencio, inmóvil bajo el agua.

22

Volvió a meter el despertador en la canastilla y corrió hacia allá. Dejó la bicicleta sobre la hierba, al otro lado de la reja, y se agazapó en el muro. Ahora había también una excavadora. El brazo mecánico estaba doblado como el pico de un enorme pájaro tropical.

Los dos hombres de antes se habían quitado el overol de trabajo y estaban en camiseta y botas. Con las manos trataban de liberar la boca de la presa, que estaba obstruida por un amasijo de escombros que impedía el paso del agua.

Uno abrió el candado del centro de control: una caja metálica atornillada a la pared que nunca había visto abierta. Intentaba girar la manivela, pero el mecanismo estaba atascado y podría romperse si lo forzaba.

En la grúa había un hombre. La encendió y la acercó lentamente, para probar también con el brazo mecánico, pero era demasiado corto.

El hombre bajó de la grúa, tomó una cuerda, bajó el brazo mecánico y la ató al extremo, mientras los otros dos se calzaban unas botas altas, como las que usaba su padre para pescar.

Se metieron al agua y ataron el tronco que obstruía el paso de esta. Lo sostenían entre dos. Debió haberse atorado por abajo. Empujaron hacia adelante hasta que el tronco se liberó y golpeó el agua.

El hombre de la grúa elevó el brazo mecánico y el tronco finalmente se liberó. Lo colocó fuera, detrás de la presa.

Entonces los otros dos tomaron una red de metal y recogieron las pequeñas ramas y los viejos desechos con las manos. Los sacaron. Vendrían a recogerlos de un momento a otro.

Se movían coordinados y en menos de una hora liberaron la presa. Cada uno tenía una tarea precisa y Matteo pensó que en cierto sentido ellos también eran una banda, cada uno con su propio instrumento y su propio talento.

Los había visto mil veces en el pueblo, pero no conocía sus nombres. Probablemente habían crecido juntos y ahora trabajaban hombro con hombro. Eran amigos y siempre lo serían, nada grave había comprometido su relación ni los había separado. Habían hecho bien las cosas en sus vidas.

Uno de los que llevaban botas salió del agua y volvió adonde estaba la manivela dentro de la caja. La giró con facilidad y el agua ahora fluía abundante y vertiginosa, como un respiro.

Matteo se acercó por el lado opuesto, para no molestar; los hombres lo dejaron, porque el peligro había pasado.

Observaba el nivel del agua que subía y veía los muros de la presa tal como los había visto la otra vez, con algas pegadas en los tabiques aquí y allá, y grandes clavos oxidados.

Luego, uno de los dos volvió a la manivela, la giró y las puertas volvieron a cerrarse. Un movimiento lento que ellos controlaban.

Tomaron la decisión de no vaciar por completo la presa y Matteo no alcanzó a ver el fondo, pero sí vio en lo alto el gran tubo donde cabía una persona. Bajaba desde las colinas llevando el agua. Ahora que era verano, había un goteo que se estancaba en el fondo fangoso y tendrían que pasar días para que alcanzara el nivel normal.

Matteo apretó fuerte el tractor-despertador contra su estómago. No, tampoco podía sepultarlo allí. Bastaba un árbol o una rama para que abrieran las puertas y las cosas que había en el fondo fueran de nuevo visibles.

El hombre de la grúa salió del habitáculo, estaba bañado en sudor y los otros fingieron en broma que lo aventaban al agua, luego se quitaron las botas y treparon a la camioneta. El otro maniobró la grúa y salió del lugar.

Matteo se quedó solo.

23

Atravesó el hueco en la malla, trepó el muro y se sentó con las piernas colgando sobre el agua.

De entre los arbustos salió un gato, no el de siempre, sino uno más pequeño, oscuro, con la cola cortada. No se dignó a mirarlo y desapareció por las escaleras.

El agua todavía estaba baja y turbia, el movimiento había removido el fondo y había arena y tierra suspendidas.

Matteo tenía sobre las rodillas el tractor-despertador. Le daba vueltas con las manos, luego lo apoyó en el muro. Tenía una mano encima de él, casi como si lo protegiera de sí mismo y de su deseo de tirarlo.

Era extraño, ahora le parecía ver la presa por lo que era en realidad: una construcción de cemento, una cuenca de agua encerrada entre muros de contención y compuertas de metal oxidado. No su lugar favorito.

Miraba el gran tubo que encauzaba el agua de los torrentes de las colinas y se imaginaba el recorrido del agua en reversa. El mar, luego más arriba, los canales de desagüe de los campos, luego la boca de la presa por donde el agua corría controlada, y luego ese tubo, una gran garganta que sobresalía del cuerpo de la tierra y se metía en las colinas.

Y luego, más arriba, hasta el lugar donde el agua se creaba, casi de la nada. No entendía cómo se formaba, de dónde surgía toda esa agua.

Apretó el tractor-despertador. Ahora lo tenía contra sus piernas y recordó cuando su padre se lo regaló, precisamente después de un largo paseo detrás de esas colinas.

En ese entonces pasaban los domingos caminando entre la maleza, por caminos ocultos entre la hierba alta y los pequeños arbustos que crecían bajo los árboles más imponentes, hayas y robles.

Iban a recolectar hongos y castañas, y por las noches los cocinaban en la chimenea de ladrillos en el cobertizo.

Durante los domingos invernales, salían después del almuerzo y estaban fuera cuatro o cinco horas, hasta que oscurecía, y era hermoso. Su padre conocía todos los senderos y se metía por donde nadie había pasado jamás.

Llegaban hasta una roca, una enorme mole cubierta de musgo desde donde se veía la infinita llanura de tierra, y a pocos cientos de metros de allí, detrás de un gran arbusto, manaba un manantial en donde a su padre le gustaba beber agua formando un cuenco con las manos.

—Bebe, jefe —le decía—. Esta es agua de verdad, es buena para la sangre.

Bebían juntos, y luego caminaban afanosamente por empinados senderos y su padre le decía el nombre de los árboles, le mostraba las huellas de los jabalíes, que hacía algunos años habían reaparecido, y le enseñaba a reconocer los rastros de cada animal: de los zorros, de los conejos silvestres, de los perros.

Su padre caminaba y silbaba, luego se detenía, husmeaba entre las hojas y arrancaba un hongo o encontraba un nido de pájaros caído de un árbol. A veces había cáscaras rotas de huevos pequeños.

—Ahora —decía de pronto mientras caminaba. Se detenía y se metía un dedo en la boca y se

chupaba la punta—. Ahora aprende —le decía. Lo miraba, ponía una expresión entre seria y graciosa, y era como si el dedo supiera dónde hurgar y su padre lo dejara hacer. El dedo avanzaba como si jalara del brazo, rebuscaba entre la hierba y las hojas, y siempre encontraba algo.

Como cuando encontró el hongo más grande del mundo. Matteo no lo había olvidado.

—El hongo más grande del mundo. ¿Entiendes? —Se le acercó y se lo entregó—. Y nosotros lo encontramos. ¿Ya viste qué increíble? Debe pesar como cien kilos.

Matteo lo había sostenido entre las manos, tenía miedo de que se le cayera y se rompiera.

—¿Qué digo cien kilos? Este debe pesar como mil kilos.

Su padre se detenía cuando escuchaba el ruido de un animalito, un crujido en la hierba, un leve susurro, el chasquido de la madera, algún sonido que solo él percibía. Matteo a veces no oía nada, había viento, hojas, el lejano rugir de los autos, y no entendía cómo lo lograba su padre. Pero era bueno en lo que hacía.

—Liebre —decía—. Erizo. Zorro —decía solo el nombre y Matteo sabía que no se equivocaba.

Por la tarde regresaban a casa con los zapatos enlodados y su madre se enojaba.

—No me respetas —arremetía—. Te diviertes como niño, y luego, ¿quién tiene que limpiar todo?

En ese entonces, el tono de su voz era diferente. Cuando su padre estaba vivo, ella de vez en cuando alzaba la voz.

Pero su padre no la dejaba hablar, se quitaba los zapatos en el tapete de la entrada y la besaba, allí en la puerta, y ella se tranquilizaba, y una de esas veces sacó de su bolsa el hongo más grande del mundo.

—Huele esto —dijo, apenas entró—. Tiene perfume de anís.

No se había quitado los zapatos y, al ver el hongo, su madre no pudo ni enojarse.

—Corre a darte una ducha —le dijo a Matteo. Pero se notaba que hacía un esfuerzo por no reír.

Ciertos días de sol, cuando el verano se acercaba y la tierra estaba seca y no resbalosa, su padre se aventuraba por un sendero más empinado y escarpado, y en media hora estaban en la cumbre, una cima diferente a la de las montañas que veía en la televisión, con rocas, picos y nieve; esta era más bien un prado con muchos árboles y una explanada delante de un quiosco de madera donde se podía comer sándwiches.

Su padre tomaba cerveza y él naranjada. Estaban rodeados por una decena de motocicletas estacionadas. A lo largo de la calle, los ciclistas pasaban veloces con sus anteojos de colores de una extraña forma cuadrada, con su botella de agua dentro de la camiseta, en la espalda.

Una vez allí, su padre se encontró con un amigo. Se conocían desde niños, crecieron juntos, fueron a la misma escuela y se echaban la mano en las labores del campo. También él había terminado trabajando en una empresa de camiones y ese día hablaron del tema, de los camiones. Siempre hablaban de eso, de las casetas de cobro, de los tiempos de recorrido de ciertos tramos que no los dejaban descansar, del hecho de que era una esclavitud trabajar a esos ritmos y que tarde o temprano algo sucedería.

El sol había comenzado a calar, el amigo se marchó a casa y su padre tomó otra cerveza. Esa tarde estaba muy alegre, veía los autos salir del estacionamiento, una larga cola que serpenteaba hacia la ciudad, y rio al pensar en cuánto tiempo les tomaría recorrer tan pocos kilómetros.

—Nosotros dos a pie llegamos antes —reía—. Muuucho, muuucho antes.

Se terminó la cerveza y se puso la gorra de Ferrari. El estacionamiento estaba vacío, las motos se habían marchado y a unos cien metros de ellos había un grupo de muchachos sentados en

círculo con una guitarra.

El sol calaba sobre la cima de la colina. Él y papá se acercaron a los chicos y se tendieron sobre la hierba. Su padre conocía todas las viejas canciones y las canturreaba en voz baja.

El cielo se puso rosa, el sol se escondió detrás de la cima de la colina y solo se veía la fulgurante luminiscencia, una explosión de luz pálida que llegaba desde abajo.

—¿Te he contado que cuando era joven tocaba la guitarra?

Quién sabe por qué recordaba ese preciso momento y esa precisa frase. No lo comprendía, sin embargo, recordaba perfectamente todo lo que sucedió durante esos pocos minutos y las palabras de su padre. Era uno de los recuerdos más nítidos que tenía y, cuando se acordaba, le parecía verlo allí delante.

De hecho, también en ese momento, con el tractor-despertador entre las piernas y el agua de la presa que subía de nivel, se lo imaginaba: a su padre, con su forma de ser optimista y feliz, tendido sobre la hierba, riendo y cantando como un jovencito, sin preocupaciones, concentrado en la letra de las canciones, como si fuera importante demostrarse a sí mismo que no las había olvidado.

La escena le llegó con una claridad que lo deslumbró como una luz brillante o como un bofetón en el rostro o como un golpe imprevisto de aire helado contra las mejillas, porque ahora recordaba eso, ese domingo preciso, mientras volvían de su paseo con un costalito de castañas recién recogidas. Antes de ir a casa, entraron en la tabaquería a comprar cigarrillos y su padre, así, sin pensarlo mucho, con un gesto natural para contentarlo, para hacerle un regalo a su hijo, le dio ese tractor de plástico, cuya rueda posterior era un despertador y, aun hoy, cada vez que lo veía, pensaba en él, en su padre, en los momentos hermosos del pasado, en la presa, en las canciones, en la tabaquería, en el costalito de castañas, y en el hecho de que su padre se lo había comprado sin un motivo y sin pensarlo, porque se ponía contento cuando su hijo estaba contento. Pura generosidad, para hacerlo feliz con una sorpresa inesperada. Pero quizá por algún motivo que solo él conocía, su padre, porque también tenía sus secretos, tal vez lo había hecho para que comprendiera que en la vida era importante ponerse horarios, puesto que se estaba volviendo grande, pero también era importante saber conducir un tractor y era necesario que el niño se familiarizara con ese objeto que, tarde o temprano, se volvería un medio de trabajo, un compañero fiel, un amigo para cuando él también fuera adulto.

«Pero el tiempo borra lo que quiere, no lo que yo quiero», se dijo Matteo, y era en lo que pensaba cada vez que sonaba el despertador, y para apagarlo se ponía delante del tractor de plástico y veía el rostro de su padre que le sonreía en la tabaquería. Y, pocos minutos más tarde, el rostro de su madre, en la puerta, que fingía estar enojada, pero que también estaba contenta.

24

Mamá salió de su recámara ya por la tarde, poco antes de la cena.

Lo encontró afuera, sentado bajo el cobertizo, acomodando las cañas de pescar, los anzuelos y los sedales que probablemente ya no usaría.

—Matteo —lo llamó. Allí estaba su voz, baja e insegura—. Matteo, ¿dónde estás?

Él salió de entre las sombras y se asomó.

—Ven, Matteo, ven a casa. Quiero que hablemos.

Matteo dejó las cosas sobre la gran mesa de fierro que usaba con su padre y entró en la casa.

—Ven, Matteo, siéntate cerca de mí. ¿Tienes sed?

—No, mamá.

—Ya eres grande, lo siento.

Estaba sentado a su lado en el sofá, las persianas estaban a la mitad y en la sala reinaba la penumbra.

Mamá apoyó sus manos sobre las rodillas.

—No sé cómo comenzar —dijo—. Pero sé que ya sabes todo y que todo lo comprendes.

Se levantó, se sirvió un vaso de agua y regresó a sentarse a su lado.

—Quiero decir, las cosas han cambiado, Matteo.

La presa, las cañas de pescar, esa vez que papá había encontrado el hongo gigante.

—Sí, mamá.

—Yo me equivoqué. Ahora, déjame hablar…

—Sí.

—Ahora necesitamos tiempo, ¿entiendes? Pero estamos tú y yo. Y debemos recordar que esto cuenta.

—Sí, mamá.

Y el ala delta, quién sabe por dónde estaría volando ahora.

—Tu hermana es pequeña, y nosotros estaremos allí para ella.

Se masajeaba la frente, los ojos, que se habían enrojecido porque debía de haber llorado toda la tarde y ahora le costaba estar allí, pero estaba esforzándose; nunca lo había hecho. Era importante que lo hiciera.

—Estamos tú y yo; sí, también Clarissa, pero tú eres el chico grande, Matteo. Y nosotros, para ser fuertes, necesitamos estar unidos.

—Sí.

Le quería decir que la entendía y que estaba bien así, que tenía razón, pero lo interrumpió el teléfono y mamá respondió.

Eran los abuelos, que venían a la casa.

—Dame un beso —le dijo—. Entiendes de lo que estoy hablando, ¿verdad?

—Sí, mamá.

—Muy bien, Matteo. Verás que juntos saldremos adelante.

Lo abrazó y fue al baño a arreglarse. Se lavó el rostro, se enjuagó para disfrazar lo irritado de los ojos.

Los abuelos venían a pie, se oían sus pasos en la grava del patio. Abrieron, porque tenían llaves.

—Ya llegamos —saludó el abuelo. Clarissa jugaba con algo, uno de sus juguetes de goma que luego chupaba.

—Matteo —dijo la abuela—, ven aquí.

Matteo se acercó y ella lo estrechó con fuerza.

—Quédate tranquilo, mi niño.

—Hola, Matteo —saludó el abuelo.

Estaban más tranquilos que en la mañana.

—Enrica —dijo la abuela. No sabía encontrar las palabras y tal vez ese no era momento de palabras—. Enrica, nos enteramos de todo.

—Sí —repuso mamá—. Ahora hay que calmarnos.

La abuela había dejado a Clarissa en el suelo. La niña corría, riéndose, hacia Matteo para enseñarle su nuevo juguete. Balbuceaba algo incomprensible y, como siempre, estaba feliz.

—Tenemos que tranquilizarnos y luego tratar de retomar las cosas —terció el abuelo—. Tienes razón.

De nuevo el ala delta y el hongo y la presa y las colinas y el tractor-despertador. Ahora, por primera vez, le parecían recuerdos lejanos.

—Abuelo, lleva a los niños a jugar afuera —dijo la abuela—. Enrica y yo nos quedamos aquí.

—Vamos, sí —invitó el abuelo.

Matteo y Clarissa salieron con él. La abuela fue a sentarse al lado de mamá.

—Qué desgracia —dijo—. Pero nosotros seguimos adelante.

—Sí —respondió mamá.

Luego el abuelo cerró la puerta.

Fueron hasta el cobertizo y el abuelo lo ayudó a guardar las cañas. Era extraño, le dijo, que ellos nunca hubieran pescado juntos. De chico él también había sido un buen pescador.

—De verdad —presumió—. Truchas y carpas. Era un mago, ¿sabes? Pero después de que nació tu mamá dejé de ir.

Tomó una caña y fingió que la lanzaba. Aferró la manivela y simuló que un pez había mordido el anzuelo.

—Aún soy bueno, ¿eh?

Acomodó el sedal y le dijo que al día siguiente irían a pescar. Solo ellos dos, entre hombres.

—¿Quieres?

—Sí, abuelo.

25

Por la noche, en la cama, tendido en la misma posición que esa mañana, de lado, con los ojos abiertos, miraba el despertador sobre la mesita de noche.

La luz de la habitación estaba apagada y las manecillas fosforescentes parecían suspendidas en la carátula, como dos pequeñas luces de neón. Matteo abría y cerraba los ojos, y las manecillas seguían inmóviles, y seguirían inmóviles para toda la eternidad.

Se preguntó cómo se habría comportado su padre tras lo sucedido aquella mañana.

No sabría decirlo, pero tal vez ni siquiera era importante, algo habría hecho.

Ahora era extraño todo ese silencio. Sin el tictac del despertador, parecía que su habitación estuviera «vacía», como cuando apagaban la grabadora en la Sala de las Palabras.

Entonces volvió a meter las baterías y el despertador retomó su movimiento normal, aunque la hora no era la correcta. Tic. Ay, sí… Ahora todo estaba claro, se dijo.

Matteo cerró los ojos, reconocía ese ruido como una parte de él. Tac.

No podía apagar el despertador y eliminarlo. El ruido misterioso que nacía de su alma en forma de tractor era su casa. Tic.

Por eso, Matteo decidió intentarlo de nuevo, era lo que habría hecho su padre, eso le había enseñado; sí, que no había que dejar de jugar *nunca*, ni dejar de creer ni de luchar. «Afuera es una guerra», le decía siempre. «Y nunca hay que rendirse», le repetía «porque quien se rinde pierde».

Así que lo intentó de nuevo, era lo único correcto por hacer. Tac.

Matteo nunca había visto el avance de la manecilla, pero esa noche se concentró como nunca antes y lo logró, al primer intento. Tic.

Qué emoción.

Abrió los ojos de nuevo, justo en el momento preciso en que el minutero se movía. Qué extraño. En el fondo no era difícil, bastaba con quererlo, tenía razón su padre, y él hasta ese momento quizá nunca lo había querido de verdad. Tac.

«Este es el tiempo», se dijo. «El tiempo». Tic.

Se sentía emocionado por haberlo logrado, pero lo entristecía que su padre no estuviera allí con él.

Tac.

Se sintió muy orgulloso de sí mismo y, ahora, tras haber visto el avance de las manecillas, estaba listo para comprenderlo. Sí, ahora era lo suficientemente grande para ver el movimiento de las agujas y para sentir el paso del tiempo, sin miedo a los recuerdos, sin miedo a lo que seguiría. Tic. Un poco olvidar, un poco recordar. Tac. Mundo y palabras. Lo que pasa y lo que se queda para siempre, aunque esté escondido en nosotros. Tic. Las dos caras de la misma moneda eran una sola cosa. Lo había logrado, y su padre estaría muy orgulloso de él. Tac.

Acerca del autor

MARCO FRANZOSO. Nació en Dolo, Venecia, en 1965. Músico y escritor, sus historias siempre están relacionadas con la Infancia y su contraste con la realidad de los adultos. Dos de sus novelas, *Westwood dee-jay* (1998) y *Tu non sai cos'è l'amore* (2006), se adaptaron al teatro con éxito: la primera tuvo una gira de más de dos años en Italia y la segunda se representó en el marco del Carnaval de Venecia ante espectadores de diversas partes del mundo. Su novela *Il bambino indaco* (2012) fue llevada al cine con el título *Hungry Hearts*, protagonizada por Adam Driver. Asimismo, es autor de *Gli invincibili* (2014); *Mi piace camminare sui tetti* (2016); *El inocente*, con esta se hizo acreedor al premio Mondello (2019), que reconoce a lo mejor de la literatura italiana, y *Le parole lo sanno* (2020).

Título original: *L'innocente*

Marco Franzoso
© 2018 Mondadori Libri S.p.A., Milano

Traducción: Estela Peña Molatore

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu
Fotografía de portada: © iStock
Fotografía del autor: © Alessia Zennaro

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020
ISBN: 978-607-07-6749-4

Primera edición en formato epub: septiembre de 2020
ISBN: 978-607-07-6769-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Contenido
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros